

EL PERSONAJE

VIC LOGAN

¡Bedankos!

El monstruo de su imaginación. Un ser repelente, creado mientras escribía unas páginas fantásticas de terror prefabricado, estaba allí, ante él, asomando por la puerta del estudio.

Quiso gritar… quiso pedir ayuda a Sussie, pero no pudo. Vio las manos del monstruo que se acercaban a su garganta… Que se acercaban más y más.

Intentó gritar otra vez, pero sus cuerdas vocales se negaron a obedecerle.

Sus ojos, extrañamente dilatados, vieron la horrible faz de su criatura que se acercaba con la misma extraña sonrisa con que lo había descrito en escenas análogas a las que él mismo estaba viviendo en esos momentos.

Luego, las manos… Aquellas manos frías, *tan frías como las de un muerto*, se posaron en su cuello y comenzaron a apretar.

No… No era posible pedir socorro. La pesadilla o la realidad habían minado por completo su valor. Michael sabía que estaba a merced de algo irreal… tremenda e inexplicablemente irreal…



Vic Logan

El personaje

Bolsilibros: Selección Terror - 21

ePub r1.0
liete 19.12.14

Título original: *El personaje*
Vic Logan, 1973
Digitalización: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Si aquella noche, Michael no hubiese estado bebiendo más *whiskys* de los que solía beber en circunstancias normales, se hubiese asustado.

Pero Michael Lescott estaba demasiado borracho para pensar.

Se había retirado a su estudio después de la fiesta. Tenía el papel en la máquina de escribir y un centenar de folios emborronados. Era su última novela, una más. Michael era un profesional, de los buenos, de los que escriben por encargo y tienen la obligación de saber escribir todo aquello que los editores juzgan que los lectores deben leer.

Pero Michael era un autor consciente. No trabajaba pensando únicamente en los buenos estipendios que le proporcionaban sus novelas; Michael disfrutaba escribiendo y se entregaba en cuerpo y alma al último encargo de su editor.

Michael no sabía vivir sin su máquina de escribir, sin su pensamiento constante hacia el nuevo tema que tenía que desarrollar. Michael no se acostaba nunca sin sentarse siquiera unos instantes frente a unas cuartillas, aunque aquel día no lo hubiera destinado a su trabajo.

Y aquél era uno de esos días, mejor dicho, una de esas noches, porque Michael jamás estaba inspirado si no era de noche.

Lleno de alcohol gracias a la fiesta de la que acababa de regresar, y no era su costumbre asistir a fiestas, despidió a su esposa con un beso, prometiéndole:

—Antes de que te duermas estaré contigo.

—No tardes, Michael —murmuró ella, menos bebida, pero alegre y soñolienta—. Prométemelo… Esta noche no tardes.

—No, Sussie. No tardaré —sonrió él, consciente de sus palabras, aunque ella sabía sobradamente que, frente a la máquina de escribir, su Michael, que por otra parte le adoraba, solía perder la

noción del tiempo.

»No tardaré. Esta noche, no… Estoy cansado y me apetece estar contigo —repitió—. No te duermas.

Y Michael entró en el estudio y prendió fuego a un pitillo. Luego se sentó frente a la cuartilla inconclusa, que tenía frente a la máquina de escribir.

Se sonrió abiertamente y murmuró:

—¡Bedankos! ¡Vaya nombrecito se me ocurrió! Bedankos… Bueno, pero es un nombre que suena… Lo malo, mi querido monstruo, es que ahora tengo que matarte. Y es lástima, porque me resultabas un monstruo simpático… Veamos… ahí hay cien folios escritos; ya no te queda mucho tiempo de vida, querido Bedankos, tengo que empezar el final… Tu final.

Releyó la última página escrita de su novela y añadió en voz alta:

—Bueno… No te enfades conmigo… Tú eres el malo de mi novela y tienes que morir, pero… conservaré tu carácter para otra ocasión… ¡Maldita sea! Ahora a la gente les da por leer cosas de monstruos repelentes… ¿Acaso el mundo no está lleno de monstruos con un rostro hermoso? Pero no… Todos quieren que los monstruos sean adefesios, feísimos, repelentes y de largas uñas… Perdóname, Bedankos, tendrás otra vida, vivirás otro mundo. Te lo crearé para ti; un mundo donde los monstruos sean precisamente las personas a las que ahora nos llaman normales…

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y soltó una carcajada. A veces, Michael se divertía hablando con sus personajes.

—Yo os dejo vivir… A veces, mucho más de lo que me había propuesto… E incluso me dejo guiar por vosotros, os doy carta blanca… Pero si os he criado malos, debéis morir… Yo no he dictado estas leyes, ¿sabéis? Lo quieren así… Los monstruos deben morir, los malos… ¡Con los que he matado, el mundo debería ser una balsa de aceite! Lo siento, Bedankos…

Y Michael lanzó un bufido. Le molestaba tener que excusarse con sus personajes. A veces se sentía dominado por ellos mismos…

Se dio cuenta de que el *whisky* que llevaba en el cuerpo le dominaba demasiado y añadió:

—Es mejor que me vaya al lado de Sussie… Sí, es mejor…

Consciente de sus deberes de buen marido, Michael pensó que

estaba demasiado cargado y que, de seguir bebiendo, acabaría disgustando a su mujer.

Para Michael, Sussie era algo excepcional, no podía tratarla como a una mujer cualquiera. Era la suya, su esposa…

—Me tomaré un café bien cargado y saldré un poco al jardín antes de ir con ella —se dijo a sí mismo en voz alta.

Tenía una casa magnífica, cómoda, confortable y sin que le faltara detalle.

Para el café le bastaba pulsar un botón de la cafetera *express*, siempre cargada y con el agua justa. Un par de minutos y era suficiente para que una taza de aromático moka llenara una buena taza.

Luego el jardín de la casa, perfumado, cuidado como un buen parque. Sí, Michael había conseguido de la vida todo cuanto podía desear.

Tomó el café y salió al jardín. Tras él quedaron las luces indirectas de la formidable sala de estar, y las luces de su estudio, y una esposa amante, joven y hermosa, que le aguardaba impregnada del mejor perfume. Michael volvió a entrar más animado y sonriendo feliz.

—Esta noche, Sussie; mañana terminaré la novela y pasado… ¡Oh! Demasiados planes…

Entró en el estudio y al dirigirse a apagar la luz observó de nuevo los folios escritos; parecían como… como si alguien se hubiese entretenido mordisqueándolos…

¿Estaban así antes?

Michael no hubiera podido jurarlo.

Se aproximó más y los pasó entre sus dedos… Resultaba curioso, muy curioso. Los folios escritos tenían algunos agujeros, como hechos a propósito… Agujeros que coincidían siempre con la intervención de cierto personaje de su relato.

—¡Bedankos! —exclamó Michael, dándose cuenta de ello.

Era cierto. Donde aparecía el nombre de Bedankos, parecía como si una hoja de afeitar lo hubiera cortado; o acaso unas uñas muy afiladas…

Incluso la página que tenía en la máquina… Aquel nombre Bedankos, las situaciones, todo había sido cortado, *no borrado*; cortado, suprimido.

—No… No… Debo estar más borracho de lo que creo —comentó Michael en voz alta.

Buscó desesperadamente, convencido de que todo aquello no sucedía de verdad…

—A veces me ha ocurrido… Creo vivir algo y de pronto despierto y…

Se interrumpió al comprobar que todo lo escrito presentaba las mismas anomalías.

—No, no… No es verdad… Si ahora mismo me lanzo a la piscina del jardín me despertaré… Seguro que estoy dormido y…

La luz del estudio se le antojó más opaca, menos brillante… como si una extraña atmósfera dominara una nueva y desconocida situación…

Allí apenas podía verse nada… ¿Por qué aquella extraña y repentina oscuridad?

—No hay duda de que estoy soñando —se repitió Michael para autotranquilizarse…

Pero la voz… Aquella voz que surgió de alguna parte, retumbando por todo el estudio, le produjo un escalofrío.

Luego la figura… Una figura que él conocía perfectamente:

¡Bedankos!

CAPÍTULO II

¡Bedankos!

El monstruo de su imaginación. Un ser repelente, creado mientras escribía unas páginas fantásticas de terror prefabricado, estaba allí, ante él, asomando por la puerta del estudio.

—¡Tiene gracia! —exclamó Michael—. Eres tal como te he imaginado. ¡Anda, lárgate! Estoy más borracho de lo que suponía. Estoy…

La voz del escritor se heló en su garganta al escuchar la respuesta de quien creía que seguía siendo un ser irreal, una aparición alucinógena.

—No te rías, Michael. Ningún padre tiene derecho a reírse de sus criaturas… Y yo soy una criatura tuya.

La voz… Aquella voz también era idéntica a la que él hubiese puesto a su monstruo de ojos separados, mirada bizca y frente demasiado ancha.

—Reniego del padre que me dio el ser… Reniego de ti… De todas las estupideces que me haces vivir —siguió Bedankos, y avanzó unos pasos más hacia Michael que quedó inmovilizado en la butaca, con los nervios agarrotados y sin apenas voz con que poder replicar.

—No, no… Esto es demasiado… Estoy mal —murmuró, como disculpándose consigo mismo.

Pero el monstruo dio otro paso y su mirada, dura e inflexible, tal como el propio Michael la había descrito, parecía desnudarle y clavar en él aquellos ojos negros, afilados como cuchillos.

—Tú me has hecho protagonista de acciones repelentes… He matado a hombres sólo por el placer de matar. Lo he hecho sin lógica, porque sin lógica me has creado…

—No, Bed, no, escucha… —trató de replicar el escritor.

—Escúchame tú… Has hecho que cometiera violencias, que

desgarrara finos y delicados cutis, con esas uñas repelentes que has ideado para mi persona…

—Bed… Ten calma… Tú no eres real. Tú… Tú… —Se interrumpió, extrañado de su propia voz, de su propio proceder, y rectificó—: ¡Vete al infierno! ¿Cómo puedo estar hablando con una persona que no existe?

—¿Cómo te atreves a dudar de mi existencia, Michael? Tú eres el último que puedes dudar de mí… Si no crees en mi persona y en el poder que tú mismo me has dado… ¿En quién vas a creer entonces?

—¡Maldita sea! Puedo borrarte de un plumazo, de una tachadura… puedo hacerte de otra manera. ¿No lo entiendes, monstruo presuntuoso? No eres nada. ¡Yo soy tu creador!

—No eres nada… Sólo un nombre que alguien te dio como a mí…

—¿Cómo puedes hablar así? ¡Oh! Bed… Dejémoslo… Estoy bebido…

—Hablo así porque tú me enseñaste. Cito las frases que tú pusiste en mi boca, como cuando asesino a Susan.

—¿Susan?

—Una de las chicas a las que creaste para que engrosara el haber de mis víctimas… ¡Oh! Ni siquiera te acuerdas de lo que tu imaginación crea…

—Bed, Bed… Déjame en paz. —Y Michael se pasó una mano por el rostro, arrepentido una vez más de estar hablando consigo mismo… de dar crédito a aquella aparición.

Pero Bedankos había avanzado hasta situarse en pie, muy cerca de él. Tan cerca, que Michael podía tocar sus largas piernas con sus manos.

Miró hacia el rostro del monstruo, con sus dos metros y diez centímetros de estatura, como él mismo había descrito.

Se fijó en sus dientes, demasiado largos…

—Ésta es la peor de las pesadillas que he tenido en mi vida.

Se tapó los ojos con las manos y gritó:

—¡Sussie! ¡Sussie!

Sentía la necesidad de hablar con su mujer, o con quien fuera.

Necesitaba ayuda y valor para salir de aquella situación extraña, incomprensible.

—¡Qué diablos llamo! —exclamó—. Estoy borracho, borracho…

Trató de levantarse, pero sintió una pesada mano en su hombro, con una fuerza que le impedía moverse.

¡Era la mano de Bedankos!

Una mano con fuerza suficiente para detener un coche en marcha… *Un coche en marcha*. Así rezaba una de las frases de su inconclusa novela.

—¡Fuera! —gritó el escritor, en un alarde de valor, decidido a enfrentarse con la criatura.

Pero Bedankos le obligó a levantarse, sujetándole con fuerza por los hombros y obligándole a sentir el dolor de sus poderosas manos.

—No, Michael… No… Tú también tienes que sufrir las consecuencias de mi poder… Soy obra tuya… No puedes librarte de mí.

Intentó forcejear con su *personaje*. Lo hizo como si realmente *existiera*, aunque Michael seguía pensando que se trataba de un mal sueño.

Fue inútil. Su monstruo le podía, sin esforzarse demasiado.

—No huyas de la verdad, Michael. No estás borracho, pero si lo estuvieras, sería lo mismo; tienes capacidad para comprender que esto tenía que suceder…

—Basta, Bed… Basta… Te mataré… Ahora sé cómo terminar la novela. Sí… Me has dado la idea que necesitaba… Tú te lo has buscado, y tu muerte será más horrible, más espantosa y más…

—¡Cállate, hijo de perra! —gritó el monstruo—. Te maldigo, te maldigo…

Aquellas palabras también sonaban en la mente del escritor como puestas en boca de otros personajes de su relato.

Y Michael sintió un escalofrío.

—Tengo que librarme de él —dijo, casi en voz alta.

Intentó reunir las fuerzas que la noche de fiesta y el licor le mermaban, para librarse definitivamente de aquella visión real o ficticia.

Logró ponerse en pie, pero cuando intentó desplazar al monstruo se sintió empujado hacia atrás.

—No puedes conmigo. Me has hecho indestructible…

Y en aquella confusión, echado de nuevo sobre la butaca, inmovilizado por la proximidad del monstruo, Michael creyó oír la

voz de su mujer.

—¡Querido! ¿Tardarás mucho todavía?

Quiso gritar… quiso pedir ayuda a Sussie, pero no pudo. Vio las manos del monstruo que se acercaban a su garganta… Que se acercaban más y más.

Intentó gritar otra vez, pero sus cuerdas vocales se negaron a obedecerle.

Sus ojos, extrañamente dilatados, vieron la horrible faz de su criatura que se acercaba con la misma extraña sonrisa con que lo había descrito en escenas análogas a las que él mismo estaba viviendo en esos momentos.

Luego, las manos… Aquellas manos frías, *tan frías como las de un muerto*, se posaron en su cuello y comenzaron a apretar.

No… No era posible pedir socorro. La pesadilla o la realidad habían minado por completo su valor. Michael sabía que estaba a merced de algo irreal… tremenda e inexplicablemente irreal…

CAPÍTULO III

—¡No! ¡No! ¡Suéltame! —gritó Michael, en un grito espantoso que resonó por toda la estancia.

Se incorporó de un salto y entonces se dio cuenta de que se hallaba en la cama, en su habitación, en el lecho que compartía con su esposa.

Buscó a tientas la luz, y el cuarto quedó iluminado.

Miró en derredor hasta llegar de nuevo al punto de partida, que era sí mismo.

Casi ni siquiera había advertido la ausencia de su mujer. Estaba solo en la cama. Michael siempre solía despertar solo en la cama, porque también era corriente que se acostara muy de madrugada; prácticamente, a la hora en que Sussie se levantaba para desayunar.

Consultó su reloj. Era mediodía. También era lógico que despertara a aquella hora.

—¡Sussie! —llamó, pero nadie le respondió.

Con la cabeza pesada y el cuerpo doliente, se puso en pie. Sentía la sensación de la resaca; los desagradables síntomas de una noche molesta y fatigosa, cuyo sueño no ha logrado mitigar.

Se dirigió hacia el amplio ventanal para abrir los pesados cortinajes y las persianas, con lo que la radiante luz del mediodía inundó la estancia.

Miró de nuevo en su derredor, con el aspecto de quien todavía no está seguro de dónde se halla ni de dónde procede.

—¡Sussie! —volvió a llamar, dirigiéndose hacia la puerta.

Necesitaba un buen café, y como ella no respondía, se dirigió hacia la cocina.

La casa estaba en silencio. Sussie lo mismo podía estar en el jardín que en el invernadero o en…

Recordó que era domingo. A Sussie le gustaba asistir de vez en cuando a los oficios religiosos, mientras él aún estaba entregado al

sueño. Para ir, Sussie solía tomar el coche y dirigirse hacia la pequeña localidad, a tres kilómetros de aquella casa, magníficamente emplazada, pero de alrededores desiertos, despoblados.

Con la cabeza doliéndole aún, Michael salió al jardín y llamó nuevamente a su mujer.

—¡Sussie!

No. Ella no estaba en el invernadero ni se la veía por parte alguna.

Observó, al tratar de avanzar hacia la entrada del garaje, que no llevaba nada puesto. Sintió un poco de frío y entró a enfundarse un batín. Entonces escuchó el leve chirriar de los frenos de un automóvil.

Creyendo que era su esposa, salió, anudándose la bata; pero al llegar al umbral de la puerta se encontró con la amplia y siempre burlona sonrisa de su joven cuñada.

—¡Hola, gran hombre!

—¡Bella! —exclamó Michael, reconociéndola—. Creí que se trataba de…

—¿Te dedicas a salir de este modo, para pasear por el jardín? ¿O te inspiras para una novela cuya acción debe desarrollarse en plena selva?

Michael, confuso aún, no acertó a contestar. Quien lo hizo fue el hombre que salió del auto. Era Rennie. El prometido de su cuñada.

—No hagas caso a tu cuñada, Michael. Ya conoces a Bella. Ella quiere ignorar siempre que cada cual en su casa hace lo que más le apetece… Y te admiro sinceramente por poderlo hacer…

—Hola, Rennie… Tenéis que perdonarme. Yo buscaba a…

—¡Al contrario! —se disculpó el novio de Bella—. Tienes que perdonarnos a nosotros. Es posible que lleguemos demasiado pronto… Después de la fiesta de ayer…

—La fiesta de ayer… —repitió Michael, como un autómata—. Sí, es verdad… No he dormido muy bien esta noche.

—Apuesto a que mi despistado cuñado ni siquiera recuerda que nos había invitado a almorzar —adujo Bella.

Michael reaccionó rápidamente. Sí, recordaba que su esposa le había hablado de invitar a su hermana y a Rennie.

—Sí, sí… No lo había olvidado. Pero entrad. No os quedéis ahí…

Bella abrió la marcha, preguntando:

—¿Dónde está mi hermanita?

—Pues no sé… Yo acababa de despertarme cuando me visteis.

—Di mejor que seguías dormido —sonrió Bella, burlona.

—No le hagas caso… Debimos venir un poco más tarde. —Y enseguida añadió—: Nosotros salimos a la una de la fiesta; supongo que tú y Sussie todavía os quedaríais un buen rato.

—Pues sí, sí… bastante —aclaró Michael—. Yo, por las noches, siempre pierdo la noción del tiempo.

—Y luego, conducir hasta aquí —repuso Rennie—. Hay un buen trecho. Menos mal que tú resistes bien… Estás acostumbrado a trasnochar.

La voz de Sussie sonó en aquellos momentos.

—¡Michael!

—¡Es mi hermana! ¿No dijiste que la estabas buscando? —preguntó Bella.

—Pues sí, pero… Bueno, disculpadme. Vuelvo enseguida —repuso el escritor, dejando a la pareja en el *living*.

Bella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—A veces parece que le falte un tornillo.

—Cierra tu precioso pico, querida. A veces resultas pesada, sin darte cuenta.

—Con mi dulce cuñado no me importa ser pesada, querido Rennie. ¿Te molesta que lo sea?

—Le tienes manía… A veces me pregunto si eso no son celos mal reprimidos.

—¡Rennie, amor! —Sonrió ella, en tono tajante—. Con tu imaginación deberías ser escritor como Michael.

—No finjas, cielo. Sé que perseguiste con más ahínco que fortuna a Michael antes de que él se fijara en tu hermana…

—Tú también sabes ser inoportuno cuando quieres.

—Digo la verdad.

—¿Desde cuándo un médico dice la verdad?

—Dejemos esto, Bella.

—¿Por qué, cielo? —Sonrió ella, hiriente.

—Te gusta meterte con los profesionales. Tu cuñado es escritor; yo, médico…

—El mata a las personas escribiendo y tú lo haces recetando…

¿Cuántas veces estás seguro de lo que tienen tus pacientes?

—No tengo una gran experiencia, Bella, pero sí mucha honradez; lo mismo que tu cuñado cuando escribe, A algunos podrá parecerles literatura barata, pero entre medio sabe decir muchas verdades y escribe bien…

—Los hombres siempre os defendéis unos a otros con particular energía… Sois admirables.

—Del modo que lo dices parece que los detestes… ¡Vamos! No discutamos ahora, ¿eh?

—Claro que no… Pero me gustaría saber qué diablos han estado haciendo Michael y mi hermana. ¡Bueno! Sabían que íbamos a venir… Y ni siquiera nos esperaban… Esto es una descortesía.

—¿Quieres calmarte, encanto? Vamos a tomar algo, ¿eh? Aquí, en el bar. Michael tiene buen surtido de bebidas.

Y Rennie se dispuso a preparar un combinado para calmarle los ánimos a Bella y entretener la espera.

Bella se había aproximado hacia uno de los ventanales que comunicaban con el jardín y miraba al exterior. Su expresión, en aquellos instantes, resplandecía de odio… Un odio que no era capaz de ocultar, y tal vez por ello daba la espalda a Rennie, que se aproximó con un vaso lleno de algo.

Y entretanto…

Entretanto, Sussie, la esposa de Michael, había salido del baño frotándose con una toalla.

—No sabía que estabas aquí —le había dicho Michael—. Te he buscado.

—Pero no se te ha ocurrido mirar en el baño —sonrió ella—. Siempre pasa lo mismo.

—Bueno, es que… La verdad es que no he dormido muy bien, y no sé… me figuraba que te habías ido a… —Ella sonreía complacida y con una extraña sonrisa, extraña y grata a la vez.

—No has dormido bien, ¿eh? —Y le guiñó un ojo.

—No mucho, pero…

—Anda, frótame la espalda.

—Sí, Sussie… Tu hermana está en…

—Bella puede esperar… Anda, frótame, con cuidado.

Michael se colocó detrás de su mujer, e hizo maquinalmente lo que ella le pedía.

—¡Ay! —gritó Sussie.

—¿Qué pasa?

—He dicho con cuidado, Michael.

—Sí, sí, Sussie. Perdona. Estoy un poco… He tenido un sueño… Bueno, es una tontería. Luego te contaré… Pero casi no vale la pena.

—No frotes tan fuerte, querido… Ya está bien, déjalo.

—Disculpa, pero… —Y Michael, al retirar la toalla, observó manchas de sangre.

—¿Qué es esto? —inquirió.

Entonces se fijó en la espalda de su mujer y vio unos profundos arañazos.

—¿Eh? ¡Sussie! Pero si tienes sangre…

Ella se volvió sonriente y se arrebujó contra su marido.

—Querido —susurró la esposa—. A veces resultas muy impulsivo…

Le besó y entró de nuevo en el baño.

—¡Sussie! —llamó él.

—Déjame vestir, querido. Enseguida salgo.

Instintivamente, el escritor se miró las uñas.

—No… No puede ser —musitó para sí.

La voz de su esposa sonó al otro lado de la puerta del baño:

—Querido… Luego tendrás que decirme qué soñaste esta noche.

—¿Soñado? —murmuró él, y volvió a mirarse las uñas.

—No… Mis uñas están bien cortadas… No es posible… No es posible que yo haya podido hacerte esos arañazos…

—¿Qué estás diciendo? —inquirió ella, que no había podido oír bien lo que Michael decía, casi para sí.

Y Michael se dejó caer en una butaca.

—¡No, Dios mío! ¡No! Yo no he abrazado a mí mujer… Las señales que tiene no son… no son de mis uñas…

Pero Sussie tampoco pudo oírle.

CAPÍTULO IV

El almuerzo había sido excelente, al decir de Rennie. Lo había preparado la propia Sussie, pero ni Bella hizo el menor comentario al respecto, ni Michael lo probó. No tenía apetito.

Luego buscó un pretexto para encerrarse con su mujer, en el estudio.

—Michael —rogó ella, tratando de salir de lo que le parecía un encierro premeditado por parte de su marido—. Ya hablaremos luego… ¿Qué va a pensar Rennie si les dejamos?

—No me importan ellos en estos momentos, Sussie… Necesito saber lo que ocurrió esta noche…

—¡Oh, cielo! —Sonrió ella—. ¿Qué quieres que te cuente? ¿No lo sabes?

—Sussie, tienes que perdonarme, pero esta noche…

—Te caías de sueño… lo sé, pero fuiste muy cariñoso; siempre lo eres cuando no tienes la cabeza ocupada en ideas…

—Sussie, por el amor de Dios, empieza por el principio —rogó él, intentando no alzar la voz y disimular una sospecha tan terrible como absurda.

—¡Oh, Michael! Ya hablaremos luego… Por favor. Esto es absurdo…

—Debía estar muy borracho anoche.

—Yo diría que no —sonrió ella.

—¿A qué hora me acosté?

—Tardaste un poco.

—¡Un momento! —exclamó él, recordando algo—. ¿Me llamaste?

—Sí… te llamé. Creí oír voces.

—¡Voces! —repitió Michael, sintiendo un escalofrío, y una vez más recordó la terrible escena con Bedankos, una escena que al levantarse le pareció ser fruto de una pesadilla, pero ahora…

—Vamos, cielo… No les hagamos esperar.

—¿Qué hice cuando vine? ¿Me viste bien?

—¿Si te vi? ¡Oh, Michael… si ésta es una de tus historias que se te está ocurriendo…!

—¡No es una historia, Sussie! Tienes que contestarme…

—Está bien, señor preguntón… Creí que tardarías y apagué la luz…

—¿Cuándo?

—¡Poco después de llamarte! —exclamó ella, con aire fastidiado.

—¿Qué más?

—Yo vine y entonces…

—¡Oh! —exclamó ella, terminando por soltar una comprensiva sonrisa—. ¡Está bien! Me abrazaste. Me abrazaste muy fuerte y me gustó que lo hicieras… Nos quedamos muy juntos… como otras veces.

—¿Y no hablé para nada?… Es decir, ¿no notaste algo en mi voz?

—No, amor mío, no dijiste nada. Me besaste, me… ¡Oh, Michael! Esto es una chiquillada… ¡Anda, ya está bien! Esta noche, si quieres, puedes volver a hacer lo mismo —y consiguió rodeándole, alcanzar la puerta del estudio para volver al comedor a reunirse con su hermana y su futuro cuñado.

Michael siguió en el estudio, pensativo, horrorizado ante sus propias ideas.

De pronto, buscó con la mirada el centenar de hojas escritas.

Tocó aquel papel ligeramente satinado y tuvo que contenerse para evitar que un grito se escapara de su garganta.

—No, no… —musitó, aterrado.

El papel, aquellas hojas escritas, parecían arañadas… y lo más importante era que el nombre de Bedankos había sido cortado… ¡Deliberadamente cortado!

* * *

Michael les echó…

Michael, cuando tenía la idea fija en algo, y sólo solía tenerla para el trabajo, no gastaba demasiados cumplidos; tampoco llegaba

a la violencia, pero carecía absolutamente de diplomacia.

—Lo siento, tengo que hacer algo y no podré estar con vosotros. Disculpadme… Necesito también a mí mujer… Otro día nos veremos —fue lo que dijo a sus visitantes.

Bella no disimuló lo que pensaba y lo dijo también:

—Si tanto te fastidia mi compañía, Michael, otro día le ordenas a tu mujer que no nos invite…

Rennie se mostró comprensivo, y Sussie trató de paliar la brusquedad de su esposo, pero Bella insistió:

—Te compadezco, hermana. Te has casado con un déspota, con un dictador. No sé cómo lo soportas.

Rennie le encontró disculpas.

—Los escritores…

—¡Son unos chalados! ¡Quién se cree que es! ¡Está loco!

Michael no estaba para escuchar lo que Bella soltaba y volvió a su estudio; luego tuvo que soportar a Sussie.

—Reconócelo, Michael. No te has portado bien. No hablo por mi hermana. Ella, en el fondo, se parece a ti: sois dos impulsivos. Es por Rennie. Te admira.

—Sussie… Ahora no hay tiempo para disculpas… Mi cabeza está a punto de estallar. Sucede algo, ¿sabes? Sucede algo y el caso es que… que no sé cómo empezar a explicártelo.

Sussie iba a decir algo, pero comprendió que a Michael le ocurría cualquier cosa poco corriente, aunque Michael jamás había sido tampoco una persona muy corriente.

—¿Qué tienes? ¿Te preocupa algo?

Los ojos del hombre estaban fijos en las hojas que tenía junto a la máquina de escribir.

Las señaló con el índice y añadió con voz ronca, ausente casi:

—Eso, Sussie. Me preocupa eso.

Las hojas seguían rotas, con los agujeros en cada uno de los espacios que ocupaba el nombre de Bedankos.

CAPÍTULO V

Había anochecido cuando el ciclista se aproximaba a la casa.

El sendero sin luces quedaba iluminado únicamente con la opaca luz de la luna.

La silueta del hombre montado sobre la bicicleta se alargaba sobre la tierra arenosa. Su sombra, en aquellos solitarios contornos, hubiese hecho estremecer a cualquiera.

A pocos metros, la casa con las luces al otro lado de las ventanas era la única señal de vida.

Dentro de la casa, el escritor, sentado en uno de los taburetes del bar privado, consumía su enésimo *whisky*.

Tras un prolongado silencio que su esposa no había sabido cómo romper, dijo al fin:

—No bebas más, Michael… Todo esto debe tener una explicación lógica…

—¿Tú crees? —murmuró él, con escepticismo.

—Bueno, quizá lo hiciste tú… Tienes el taladro especial. Hace los agujeros alargados…

—¿Insinúas que yo pude taladrar el nombre de Bedankos para borrarlo?

—¿No me has contado a veces cosas que te han sucedido que ni tú mismo te las explicas?

—Es distinto…

—El sueño te vence, querido. Trabajas demasiado. Creo que nunca debimos venir a vivir aquí…

—A mí me encanta, y tú también dijiste que eras feliz… Tenemos tiempo para todo, ¿no? No me paso el día trabajando. Estoy contigo, charlamos, nos amamos… —se interrumpió.

—Por favor, amor mío —musitó ella, avanzando hacia Michael, que se disponía a servirse otro *whisky*—. Por favor —insistió ella—. ¿Qué crees que puede haber sucedido esta noche?

Michael guardó silencio.

—Querido… Me has dicho que habías tenido un sueño horrible… que se te había aparecido tu propio monstruo; pero esto es un sueño… Nada más…

Michael no se lo había contado todo… No le había dicho nada de lo que sospechaba…

Se miró las uñas y pensó en las marcas que tenía su mujer en la espalda… ¡No podía habérselas hecho él! ¡No podía…!

—¡Sussie! —exclamó, en un arrebato de sinceridad.

Soltó el vaso, bajó del taburete y la sujetó con fuerza, abrazándola, besándola con furia incontenible, salvaje casi.

—Amor, amor… Estás agotado —susurró la mujer, comprensiva.

—Tienes que saberlo, Sussie… Quizá pienses que estoy loco, pero… tengo que decírtelo.

La llamada del timbre de la puerta interrumpió a Michael, que soltó a Sussie, agrandando los ojos de forma extraña, como si un escalofrío de terror invadiese todo su ser.

Sussie le observó, asustada.

—Cariño… ¿Qué te ocurre?

—Han… llamado… ¿Qui… quién puede ser?

—Bueno. Iré a abrir —repuso ella, con sencillez.

—¡No! ¡No vayas!

El timbre volvió a sonar. Sussie parecía contagiada del espanto de su marido.

El silencio se prolongó, y la llamada volvió a insistir con otro par de timbrazos.

—Yo… Yo iré a abrir —consiguió articular, al fin, Michael.

Ella no comprendía nada, absolutamente nada. Pero fue detrás de su marido cuando le vio avanzar hacia la puerta.

Al otro lado aguardaba el hombre de la bicicleta. Era un sujeto alto, muy alto, con ojos saltones, corpulento y de mirada extraña.

—¿Quién es? —preguntó Michael desde dentro.

Ella corrió hacia el ventanal para intentar ver al que llamaba, pero estaba muy metido en la entrada, protegido por una marquesina, y no podía reconocerle. Sussie miró a su marido y alzó los hombros.

El que llamaba respondió.

—¿El señor Lescott, Michael Lescott?

—Sí, aquí es… —y dudó en abrir.

—Sé que es un poco tarde, señor Lescott, pero no pude venir antes… Lo siento.

A Michael le parecía incluso absurdo tener tanto miedo, y por ello no quiso continuar la conversación a través de la puerta.

Abrió.

La sombra ocultó el rostro del hombre alto que apareció en el umbral.

—Me llamo Dardin; soy jardinero.

—¿Jardinero?

—Sí, señor. Me han dicho que usted solicitó un jardinero y…

—Sí, querido —se apresuró a intervenir Sussie—. Fui yo. Creo que ya te lo dije.

Y Sussie dio al conmutador que iluminaba la marquesina.

El rostro del visitante quedó perfectamente iluminado, y cuando el escritor se fijó en él, su mirada reflejó un profundo espanto.

Aquel tipo…

Aquellos ojos… no… no eran iguales que los del retrato de Bedankos, pero estaban separados… y la frente…

Algo, en conjunto, le recordaba a su monstruo. ¡Incluso la estatura!

—¡Usted! —gritó, reaccionando—. ¿Qué quiere usted? ¿Qué quiere usted de nosotros? ¿Quién le envía?

El recién llegado iba a decir algo, pero Sussie se le anticipó:

—¡Querido! Yo pedí un jardinero a la señora Manix, de la tienda de flores y plantas.

—Sí, sí… —repuso el recién llegado—. Me mandan de la tienda, pero no lo supe hasta tarde… Si molesto…

—¡Claro que molesta! ¡Váyase! —espetó el escritor.

Sussie trató de suavizar la situación.

—Señor…

—Dardin —aclaró el jardinero.

—Señor Dardin… Debe perdonarnos. Mi marido y yo estamos algo cansados.

—Lo comprendo… Si creen que puedo serles útil… vendré mañana por la mañana.

El escritor seguía mirando a aquel sujeto alto, extraño a sus ojos, pero creyendo adivinar en él algo relacionado con su sueño,

pesadilla… o lo que fuera de la noche anterior.

—Sí, mañana… Venga mañana por la mañana —añadió Sussie.

—Lamento haberles molestado —repuso el jardinero, miró una vez más a Michael y dio la vuelta para alejarse.

—Querido… —musitó Sussie, ante la inmovilidad de su esposo, que seguía con la mirada fija en el recién llegado, que en aquellos momentos tomaba la bicicleta para marcharse.

—Anda, cierra la puerta, Michael, y hablemos de lo que quieras, o escuchemos música, o…

—No, Sussie… —repuso él, cerrando la puerta—. Necesito seguir a ese hombre.

—¿Te recuerda tu pesadilla de anoche? —repuso ella.

—Sí. Hay algo extraño, no sé…

—Estás obsesionado, Michael… Y no es la primera vez que te ocurre. Ése es un pobre hombre. Le han mandado de la tienda de Manix…

—Puede que sí, Sussie. Puede que estés en lo cierto. Ojalá… Pero no sé… Todo me parece extraño, muy extraño, y… no me gusta ese tipo. No me gusta nada.

CAPÍTULO VI

Michael condujo, con los faros apagados, por el camino, pedregoso a veces y polvoriento otras.

Intentaba seguir a distancia al tipo que se había presentado como jardinero, procurando que el hombre no advirtiera la presencia del auto.

Michael perdió de vista al ciclista después de una curva, cerca ya de la pequeña localidad. Aminoró la marcha y entonces vio una bicicleta abandonada en la cuneta.

Detuvo el coche y salió fuera. Oteó en su derredor. La opaca luz de la luna sólo permitía ver los objetos silueteados, los árboles y las suaves colinas en torno al sendero.

El silencio absoluto del solitario sendero quedó roto por el motor de una motocicleta.

Michael volvió la mirada hacia el camino y el faro de la moto le deslumbró.

Enseguida, el vehículo se detuvo allí. Era una moto con *sidecar*, ocupada por los dos agentes de seguridad locales.

—Buenas noches, señor Lescott —saludó el que iba en el *side*.

El conductor apagó el faro que deslumbraba a Michael, que se había cubierto los ojos con la mano.

—Bu… buenas noches —tartamudeó Michael.

—¿Busca algo? —inquirió el agente del *side*.

—Le vimos detenido. ¿Ha tenido alguna avería? —preguntó, a su vez, el que conducía la moto.

—No, no. Me detuve porque vi esa bicicleta. Parece abandonada… El caso es que antes me pareció ver a un hombre montado en ella… Bueno, tal vez lo consideren una tontería.

Los dos policías volvieron la mirada hacia la bicicleta. El conductor bajó de la máquina y la examinó.

—Sí. Es una bicicleta. No recuerdo haber visto ese número —

añadió, enfocando una linterna a la máquina.

—Ya digo que no debe tener importancia… Pero el hombre que la montaba…

—No hemos visto a nadie —repuso el agente del *side*.

—Denunciaremos su encuentro. La llevaremos al depósito —repuso el otro—. ¿Iba usted al pueblo? Podría ayudarnos a llevarla sobre el coche. ¿Tiene cuerdas para atarla?

—Pues sí… creo que sí…

Regresaron.

Michael llevaba la bicicleta sobre la baca del coche y conducía despacio, oteando el sendero y los alrededores. En ningún momento vio el menor rastro del hombre que había montado aquella bicicleta.

—Tengo que irme —dijo, una vez la hubo bajado frente al puesto de policía del lugar—. En realidad, salí sólo a dar una vuelta. Lo hago a veces, después de la cena.

—Para inspirarse, ¿eh? —Sonrió el jefe de los agentes—. Ya sabemos que es usted escritor…

«Inspirarse —pensó Michael—. Qué tontería».

¿Por qué demonios la gente pensaba siempre que un escritor tenía que inspirarse dando una vuelta a unas horas determinadas, como si el suyo fuese un trabajo que pudiera programarse a horas fijas?

—Bueno. Buenas noches —saludó, definitivamente.

Luego pensó en algo y lo preguntó a los agentes:

—¿Conocen ustedes a un individuo alto, con ojos bastante separados…; un tipo de aspecto torpe a mi parecer?

Los dos agentes se miraron, y negaron con la cabeza. El jefe preguntó:

—¿A qué se dedica?

—Es… jardinero.

—¿Jardinero? ¿De la región?

—Tiene relación con la tienda de Manix —repuso el escritor.

Nueva mirada entre los agentes, para seguir negando:

—No… No le conocemos. Al menos tal y como usted lo describe. ¿Por qué, señor Lescott? ¿Le ha molestado a usted?

—No, no —se apresuró a replicar Michael—. No es eso… Es porque… posiblemente le tendremos con nosotros… Para que cuide

el jardín de la villa. Buenas noches.

Los dos agentes permanecieron silenciosos, mientras Michael maniobraba para poner el coche en dirección hacia su casa, hacia la cual se alejó.

El escritor condujo rápidamente por el mismo solitario sendero, llegando sin novedad a su casa.

Sussie le esperaba. Todo estaba en orden.

—¡Desapareció! Abandonó su bicicleta y no me fue posible dar con él —soltó Michael, sirviéndose un *whisky*.

Se sentía de nuevo cargado, pero necesitaba beber.

—¿Por qué no olvidas todo y te acuestas pronto, amor mío? —rogó ella, con dulzura.

—Déjame un rato solo, Sussie… Necesito serenarme.

—No… No quiero dejarte solo —repuso ella, con ternura.

—Por favor, Sussie… Tú puede que lo consideres una locura… pero para mí, esto es importante.

Se besaron.

Fuera, seguía el silencio.

Sólo se movían los árboles, impulsados por la suave y agradable brisa de una primavera ligeramente cálida. Michael se acostó junto a su mujer. Apenas hablaron. Sussie se durmió pronto. Estaba cansada del día anterior y tenía sueño.

También él creyó dormirse… hasta que un ruido le despertó. Un ruido procedente de la parte delantera de la casa; como unas pisadas suaves…

Se incorporó y no quiso despertar a Sussie, al verla tan profundamente dormida.

Caminó despacio, y sin hacer ruido, en dirección al salón. No percibió ningún ruido.

Tampoco encendió ninguna luz. La claridad que se filtraba por entre las transparentes cortinas le bastaba para alumbrarse en un camino que, por otra parte, conocía perfectamente.

Cuando llegó al salón, observó la tenue luz de la bombilla de noche que siempre dejaba encendida en el estudio. Era una luz mortecina, que bastaba para no tropezar en las noches en que la oscuridad resultaba completa.

Se aproximó al umbral de la puerta y entonces vio la sombra…

—¡Eeeh! —exclamó, mientras un escalofrío recorría su columna

vertebral. Ante él apareció la siniestra figura de Bedankos.

—Hola, Michael —dijo la voz ronca y cavernosa de su personaje —. Supongo que me esperabas, ¿verdad?

CAPÍTULO VII

Michael había retrocedido hasta la barra del bar. Quería tomar otro trago. Lo necesitaba.

Bedankos le observaba en silencio, aunque el escritor parecía ignorarlo.

—La bebida no te hará apartar de la realidad, Michael —repuso la voz del monstruo.

Los ojos de Michael se clavaron en los del monstruo, que poseían aquel brillo intenso, siniestro, inhumano.

«No… Hoy no estoy borracho; debo haber dormido un buen rato», se repitió el escritor, viendo la inmóvil figura de su criatura.

Y el monstruo avanzó hacia él.

—Enfréntate con los hechos que tú mismo has provocado. ¿Acaso anoche no te di una prueba de mi autenticidad?

—¿Eeeh? Anoche…

—Sí, anoche. No pudiste soportarme. Te desmayaste.

—Bed… Bed… —reaccionó, tembloroso, el escritor—. ¿Qué sucedió anoche?

Ya no se detuvo a pensar en la irrealidad de todo aquello. Se entregaba por completo a lo que sucedía, como si se tratara de algo realmente trascendental.

—Bed… Tienes que decirme lo que sucedió anoche —insistió el escritor.

—Tú lo sabes, Michael… Hice lo que me enseñaste a hacer.

—Sí, Bed… sí, yo te creé realmente, me gusta que mis personajes sean reales… Pero esto nunca había sucedido… Anda, dime qué hiciste… ¿Estuviste con Sussie?

El monstruo sonrió.

—Creaste a un ente maligno, cuya única bondad era hacer el amor a las mujeres, amarlas… Es todo lo que tengo de humano…

—¡Bed!… Tú no…

—Sí, Michael… Ella se llama Susan…

—¡Susan! —exclamó Michael, cayendo en la cuenta—. Susan es el nombre de uno de mis personajes de la novela…

Y su esposa se llamaba Susan, aunque él acostumbraba a llamarla Sussie.

—No, Bed, tú no…

—Me gusta Susan… Me gusta.

—¡Bed! ¡Basta ya! Tú eres sólo un personaje de mi imaginación. No es posible que puedas cobrar vida… ¡No! No es posible…

El monstruo soltó una leve carcajada que parecía surgir del Más Allá. Algo irreal, tétrico, insoportable.

—Quiero vivir mi vida, Michael —dijo—. Y lo haré, quieras o no… No seguiré en tu novela. No seguiré con el destino que me has trazado…

Michael estaba anonadado, aturdido; no tenía argumentos que esgrimir ante aquel ser fuera de toda lógica y surgido de Dios sabe dónde…

—No me gusta el mundo que me has adjudicado, ni el papel que me has dado en tu drama, escritor… No me gusta, ¿sabes? Quiero tener mi vida propia y poder elegir mi propio destino.

—Bed… ¿Qué he de hacer? ¡Dímelo! ¿Qué he de hacer? —repuso Michael, torturado, viviendo con toda intensidad lo que ya ni siquiera podía pensar que fuese una pesadilla.

—Nada, Michael… No puedes hacer nada. Me has creado. Ni siquiera puedes destruirme.

—Cambiaré tu vida… Te haré bueno… Como tú deseas que te haga.

—Inténtalo si quieres, pero no me quites a Susan…

—¿Susan? Si te refieres a Sussie… Ella es mi mujer. Ella…

—No, Michael. Tú la has descrito real, la has descrito como es ella y a mí me has dado un corazón para amar.

—¡Basta, Bed! Te he prometido que te haría tal como tú deseas, pero a Sussie debes dejarla en paz…

—Voy a verla, Michael. Necesito verla. —Y el monstruo avanzó lento, majestuoso, con sus pasos medidos y vacilantes, pero erecto, erguido.

—¡Bed! —exclamó Michael, viéndole pasar por delante de él hacia el corredor que conducía al dormitorio donde reposaba

Sussie.

El monstruo no le hizo el menor caso y continuó caminando.

—¡Detente, Bed! —gritó el escritor.

Cuando comprendió que sería inútil, trató de lanzarse contra él, de embestirlo, y lo hizo lanzándose de cabeza, pero chocó con algo demasiado fuerte, tan fuerte como irreal.

Michael necesitaba salir de aquella pesadilla. Pensó, pensó rápidamente para encontrar la solución.

Sus ojos se detuvieron en uno de los muebles del salón. En uno de los cajones. Sabía que allí guardaba un arma que nunca había utilizado.

El monstruo estaba ya en el umbral del corredor. Tenía que recorrer unos cuatro metros para llegar hasta la puerta del dormitorio, y seguía caminando.

Michael se lanzó materialmente hacia el mueble y abrió el cajón. Palpó en la penumbra, hasta que su diestra tropezó con la dureza del metal de la automática.

La extrajo del cajón y la montó rápidamente.

—¡Bed! —llamó.

El monstruo no le hacía el menor caso; seguía avanzando, avanzando.

Michael, perdido por completo el control de sí mismo, apuntó y disparó a la espalda de aquella extraña criatura.

Sonaron dos detonaciones.

El monstruo quedó inmóvil, erguido todavía. Al fin se desplomó lentamente hasta quedar en el suelo, donde pataleó un par de veces hasta quedar exánime.

—¡Michael! —gritó la voz de Sussie, desde el dormitorio.

El escritor volvió a la realidad y tuvo la sensación de que todo lo ocurrido había sido sólo fruto de su imaginación, acaso de una pesadilla…

Sin embargo, él seguía allí, con la pistola automática en la mano y el cuerpo de Bedankos en el corredor, retorcido, inmóvil, sobre la moqueta que cubría el suelo.

Sussie salió de la habitación, enfundándose el transparente batín.

—¡Michael! —llamó una vez más.

Sus pies tropezaron con el cuerpo de Bedankos y a punto estuvo

de perder el equilibrio y caer.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Quién… quién es?

Con mano temblorosa, la mujer pudo encender la luz, mientras Michael, como anonadado aún por las circunstancias, avanzaba con el arma en la mano.

—Es… es él —balbució.

Pero Sussie se había fijado ya en el rostro de aquel individuo, cuya cabeza había quedado vuelta ligeramente hacia arriba. Lanzó un grito.

—¡Michael!

El escritor se aproximó y pudo ver lo mismo que acababa de descubrir su esposa.

Aquel hombre era…

—¡El jardinero! —exclamó Michael—. Es el mismo… el mismo hombre al que estuve siguiendo…

CAPÍTULO VIII

—Se introdujo en la casa y usted tuvo que disparar… —dijo el jefe Cobb, que era el mismo a quien Michael había saludado unas horas antes.

Con Cobb estaba su ayudante, que era el que conducía la motocicleta normalmente, y otro par de hombres adscritos al servicio de seguridad rural de la localidad.

Cobb añadió:

—Cuando usted nos describió a ese tipo, debió advertirnos que sospechaba de él.

Michael negó con la cabeza.

—No… No lo sabía.

—Pero usted le andaba siguiendo. Y él debió darse cuenta. Por eso abandonó la bicicleta y siguió a pie para volver a su casa, con la intención de robar.

—No… No lo sé —repitió el escritor, añadiendo enseguida—: Se dirigía al dormitorio de mi mujer… Yo quise detenerle, pero fue inútil… Tenía una fuerza descomunal.

—Bueno… Es un caso de allanamiento de morada, nocturnidad… De todos modos, tendré que dar parte a mis superiores. Mandarán a un detective… Es un asunto desagradable… Habrá que mandar una descripción de este tipo… Seguramente estará reclamado en alguna parte —siguió Cobb, más que nada como si hablase consigo mismo.

Sussie apenas podía hablar.

—No lo comprendo, no lo comprendo. No le habíamos visto nunca… Excepto esta noche, cuando vino y dijo que le mandaban de la tienda de Manix.

El que menos lo comprendía era Michael. Todo aquello le parecía que seguía formando parte de la pesadilla.

La policía retiró el cadáver y dejó a un par de agentes en el

jardín. A Michael, todo aquello le parecía ya innecesario.

En la habitación, junto a su mujer, desvelados los dos, le explicó lo que había sucedido realmente.

—No es posible… No era contra ese hombre contra el que yo disparé…

—Michael, trata de serenarte… No había nadie más…

—¡Por favor, Sussie! No me tomes por loco… Era Bedankos… Era mi monstruo el que se me escapaba, dirigiéndose hacia nuestro dormitorio.

Ella le miró consternada. Creía realmente que su marido estaba siendo víctima de algo extraño que enajenaba su mente.

—Debes creerme querida… Era Bedankos… Se parece a ese sujeto, pero no es el mismo. ¡Te digo que no lo es! No puede serlo… Ese hombre no sabe nada de mi novela, absolutamente nada. Nadie sabe nada. Ni siquiera tú la has leído.

Ella seguía callada.

—Dime, Sussie… Dime que me crees ¡No estoy loco! Digo la verdad, Sussie.

Jadeante, ella se inclinó hacia delante, ocultando la cabeza entre las manos.

Michael pudo ver en su espalda desnuda aquellos arañazos… ¡Y aquello le resultaba más desesperante todavía!

* * *

—Rennie ante todo, quiero que nuestra entrevista quede en el más completo de los secretos… Ni siquiera Bella debe enterarse, ni Sussie… Debes darme tu palabra de honor.

El joven médico, prometido de la hermana de Sussie, asintió tras la mesa de su pequeño pero confortable despacho.

Estaban solos los dos. Ni siquiera la enfermera Patty estaba en la casa, y Rennie repuso:

—Cuando me llamaste por teléfono, cancelé todas mis visitas y despedí a mí enfermera. Supuse que cuando pedías verme con tanta urgencia como reserva, era porque el asunto lo requería.

—Rennie… La verdad es que ni siquiera sé cómo empezar… No vas a creerme porque realmente a mí mismo me cuesta creer esa

historia.

—No te preocupes: un médico es a menudo un poco confesor. Mi discreción la tienes asegurada de antemano… No temas abrir tu corazón y soltar todo lo que quieras. No soy siquiatra, pero mi especialidad son los neuróticos…

—No soy un neurótico —repuso quedamente el escritor.

—Bueno, todos somos un poco neuróticos, pero eso no es grave… —y Rennie sonrió con aquella su sonrisa que comunicaba optimismo y ansias de vivir.

Tras un silencio, Michael comentó:

—Anoche disparé contra un hombre.

—¿Eh? —inquirió Rennie.

—Se supone que era un ladrón, pero yo no maté al hombre a quien iba dirigida la bala.

Rennie pestañeó.

—Bueno… Cuéntamelo todo desde el principio.

—Rennie, Rennie… Estoy viviendo una pesadilla… Existe alguien… alguien que no es de este mundo, que no es como nosotros, ni como tú, ni como yo… Yo sé que existe… Estuvo con mi mujer, ella creyó que era yo… La besó y le dejó las marcas de sus afiladas uñas en la espalda…

Sin dejar que Rennie replicara, Michael añadió:

—¡Por Dios, Rennie! Ella no lo sabe todo, sólo una parte. Cree que… cree que estoy obsesionado con mi personaje pero no es una obsesión… ¡Es una realidad!

—¿Qué personaje, Michael?

Y el escritor comenzó a contar su verdad desde el principio. Desde la otra noche, al regreso de la fiesta en que se le había aparecido por primera vez, la figura imposible de Bedankos, su monstruo.

CAPÍTULO IX

Cuando Michael regresó a su hogar, allá en las afueras de aquella pequeña localidad, iba obsesionado por un par de ideas.

La primera de ellas era que tenía que afrontar solo la situación.

«Necesitas descanso». Éstas habían sido las palabras más importantes que Rennie había pronunciado durante la entrevista.

Y Michael sabía de antemano que Rennie las pronunciaría. Eran palabras prácticamente prefabricadas. El mismo —Michael—, las había puesto docenas de veces en boca de sus personajes, a menudo desequilibrados. Siempre surgía un doctor que, a falta de argumentos mejores, esgrimía el: «Necesita usted descanso, trabaja demasiado…».

Luego pensaba en lo demás que Rennie le había dicho, hablándole de casos clínicos; de personas que estaban convencidas de haber tenido tratos incluso con muertos… o haber escuchado avisos del Más Allá, pero en la mayoría de las veces todo era inconcreto, vago y, por supuesto, nunca había podido probarse.

«El exceso de trabajo, el derroche de imaginación, fatiga los cerebros, los envejece; necesitan una cura de reposo de lo más absoluto…».

—¡Maldita sea! —se repetía Michael—. Para eso no valía la pena consultar con Rennie…

La otra decisión era esperar… Luego sentía la necesidad de cambiar el argumento de aquella novela. Hacer de Bedankos un personaje más humano, quitarle toda la maldad. Tenía la sensación que sólo haciéndolo así se vería libre de aquella terrible pesadilla.

Michael se puso a trabajar aquella misma noche.

Nadie le importunó; fue una noche como otras tantas que había pasado, viendo el amanecer a través de los cristales de su ventana, sin notar la fatiga y el cansancio, porque cuando trabajaba a gusto, las horas le pasaban sin darse cuenta.

Consiguió más de la mitad de una nueva novela y, a la noche siguiente, volvió a entregarse al trabajo.

Su esposa nada le dijo. Al contrario. Se alegró, porque así era como estaba acostumbrada a verle: trabajando, inspirado, incansable, para acostarse cuando el sol había salido y levantarse al mediodía, feliz y contento, deseoso de pasear unas horas por el jardín, de besarla a ella, de leer, para, al fin, volver a su trabajo.

A la tercera noche concluyó su novela. Tardó más de lo acostumbrado porque la releyó varias veces, cosa que no solía hacer. Los errores de estilo se los corregían. En cuanto al argumento, siempre estaba seguro de que marchaba bien, al menos según su criterio de consumado profesional del encargo novelístico.

Sí. Estaba bien. Había conseguido algo realmente diferente, nuevo, original… Un monstruo bondadoso. Prácticamente, un mundo al revés, donde los malvados eran los hombres y las mujeres normales.

—Tal vez sea así… Las guerras no las provocan los oficialmente locos, sino las personas a las que se eligen como mandatarios, precisamente por su inteligencia —dijo, hablando consigo mismo mientras comenzaba el nuevo amanecer.

Estaba satisfecho, casi ni se acordaba de aquellas dos apariciones de Bedankos, ni de la muerte del seudojardinero o quien fuese.

Se acostó feliz, pero despertó antes del tiempo que normalmente necesitaba para dormir.

El jefe Cobb y su ayudante vinieron para decirle que habían obtenido la filiación completa del jardinero.

—Es un sujeto que acostumbra a meterse en las casas. A veces se hace pasar por jardinero, otras como chófer, y elige otros oficios: albañil, fontanero… Bueno, se enteró de que ustedes, habían solicitado un jardinero y se presentó aquí… El detective vendrá a hacerles unas preguntas rutinarias, pero no tiene usted que preocuparse, señor Lescott. Todo está en orden. Si acaso… eso ya se dirá, pero puede que haya una encuesta formal, y no llegará ni siquiera a juicio.

Eso fue todo.

Fácil. Demasiado fácil.

Michael pensó y dijo a su mujer:

—He matado a un hombre… y ni siquiera sospechaba que

pudiera tratarse de un ladrón…

—¿Por qué volver a pensar en eso, querido? ¿Cómo va tu nueva novela?

—Voy a llevarla ahora mismo al editor. Seguramente llegaré un poco tarde.

Trataba de olvidarse de todo: de borrar de su mente los motivos por los que disparó contra el falso jardinero. Quería olvidar que no se trataba de un caso de defensa de su patrimonio-hogar; que mató tratando de librarse de un monstruo de su invención.

De camino a la ciudad, pensaba de nuevo en las palabras de Rennie.

«Quizá sí —se decía—. Quizá se trataba de una obsesión, pero yo nunca pensaré de ese modo…».

¿Olvidar?

Bueno… Olvidar a medias, como olvidan los mortales que viven de pensar… Más que olvidar, se trataba de alejar de sí los malos recuerdos, los que no son gratos de evocar, pero la realidad… la realidad era como para tener siempre, presente lo sucedido desde el primer momento en que empezó.

El editor le aceptó el original; tomaron juntos unas copas y hablaron de los planes y proyectos futuros. Todo pura rutina, porque los planes y proyectos de los editores cambian a cada instante de acuerdo con las circunstancias. Bueno, a Michael Lescott no le importaba… Formaba parte de su trabajo. Hablar de «trabajo» precisamente.

Michael regresó feliz, se acostó temprano con su mujer después de haber cenado algunas exquisiteces que él había comprado en la ciudad, como solía hacer cuando iba por asuntos de trabajo.

Durante los siguientes días no ocurrió ninguna anormalidad. Michael se tomó un descanso. Cuidó del jardín, salió a dar paseos a pie, solo o acompañado de Sussie, y se tumbó en el césped, lo que constituía uno de sus *hobbys*.

Transcurrió una semana. Tuvo que explicar al detective lo ocurrido con el allanador de moradas y todo siguió resultando extremadamente fácil.

Y volvió a la ciudad llamado por el editor. Era una llamada corriente. No le dio importancia.

La importancia surgió cuando, sentado frente al editor, éste le

soltó:

—Los escritores siempre tenéis un gramo de locura en la mente…

—Gracias por recordármelo, señor Bracks, porque sin esa llama no serían posibles las ideas geniales —repuso, en broma.

—Cuando son geniales, bien venido sea ese gramo de locura, querido Lescott, pero en ese caso…

—Se refiere a mí última novela.

—*Bedankos*, sí…

—Bueno, es un poco original… distinta, pero perfectamente lógica en un mundo como el nuestro —repuso el escritor.

—Pero… ¿a quién se le ocurre poner a toda la humanidad como si realmente se compusiera de monstruos?

—Es diferente…

—Sí. No cabe duda de que su novela es diferente, Lescott, pero inaceptable… A la gente le gusta leer cosas de monstruos y los monstruos deben ser eso: monstruos… Deben obrar con maldad, realizar maldades que aterren a los seres normales… Usted ha compuesto el argumento al revés… Esto iría bien para un ensayo, pero no para una novela escrita en *serio*… Piénselo usted mismo, reflexione…

—¿Quiere decir que no acepta mi novela?

—Lescott, Lescott —repuso el editor, pacientemente—. Si se tratara usted de un escritor novato, pensaría que no ha captado usted el espíritu de la serie…; pero es usted el mejor de nuestros escritores, el que más ideas nuevas ha aportado a la colección. Pero en este caso… admita que se ha extralimitado… No puede ser… Ha cambiado los papeles a sus personajes… El lector no lo comprendería…

—Pretendía… hacer algo con originalidad —repuso Michael, sin el convencimiento propio de lo que decía.

—Relea su novela, Michael. Usted sabe lo que queremos para esta colección…

Tras un silencio, Michael recogió el original y dio la vuelta para marcharse.

—¡Michael! —le llamó el editor—. Diga algo por lo menos.

Pero el escritor no supo qué contestar.

Regresó, pensativo. Había hecho un desastre, lo reconocía…

—No es mala —se repitió— pero no encaja, y esto lo sabía yo… ¿Cómo diablos se me ocurrió?

Pensó el argumento… *Monstruos buenos*, un Bedankos con el rostro horrible y los sentimientos del más puro de los inocentes…

—¿Por qué no? Sí… El editor tiene razón; como obra de ensayo, como sátira, pase; pero no para esta colección…

Durante el resto del camino se enfrascó en pensamientos contradictorios, que discutió en voz alta.

Llegó a la conclusión de que el monstruo, espejo de bondades, era posible… y acabó diciendo:

—¡No, no tienen razón! No comprenden… Los monstruos somos nosotros… pero los editores van sólo a ganar dinero… ¡Todos vamos a ganar dinero! ¡Vamos! Al diablo todo…

Regresó malhumorado porque siempre le molestaba la devolución de un original y porque en el fondo, aun admitiendo que no fuese bueno para aquella serie, de la que era su principal artífice, estaba convencido, como tantas otras veces, que era la Humanidad la que iba al revés. Detestaba a los lectores que gustaban siempre de los mismos temas porque sabían de antemano lo que iba a ocurrir; odiaba a los inmovilistas que pretendían que todo siguiera igual pese a los cambios continuos en las costumbres mundanas; odiaba a los rutinarios…

—¡Qué saben ellos! —exclamó, mientras tomaba un *whisky* tras la breve cena que apenas probó.

—Bueno. Conserva ese original, con lo pronto que cambian las modas en nuestros días, te servirá para más adelante.

—Al diablo… Tengo que hacer una historia para otra serie. La pensaré…; así me olvidaré de la conversación con Bracks…

Se metió en su estudio, a pensar, y como siempre perdió la noción del tiempo.

La perdió hasta que creyó oír aquellas pisadas. Sintió un escalofrío al imaginar lo que iba a ver una vez más…

Creía que todo pertenecía ya al pasado imaginativo, pero no… Estaba allí.

Bedankos estaba allí.

No cabía la posibilidad de confundirlo. No era el falso jardinero, no se trataba de ninguna otra persona más o menos conocida. Era Bedankos. ¡El monstruo!

CAPÍTULO X

—¿Quién eres? ¿Quién eres realmente, Bed? —inquirió Michael, tratando de conservar la calma.

—No te ha salido bien mi nueva forma, ¿verdad? —repuso Bedankos, desde el umbral de la puerta del estudio.

—Bed… escucha; seas quien seas… escucha, por favor… Lo he intentado…

—Lo sé.

—He querido darte otro carácter… De veras. Hasta llegué a creer en que ésta era la auténtica realidad…

—Cuando te dije que intentaras cambiar mi personalidad no creía mucho en que pudieras conseguirlo, Michael —repuso el monstruo—. Pero la culpa sigue siendo tuya…

—No puedes acusarme…

—Sí. Te acuso a ti y a todos los que crean monstruos constantemente, creyéndose ellos los *buenos*. Has tenido que conocerme a mí para comprender tu error… Ya es tarde, Michael. Ya es tarde, no puedes borrarme.

—Basta, Bed… Vete…

—No es tan fácil echarme… Tú me creas por la noche y yo te visito de noche…

—Bed… maté a un hombre… Tú tienes que saberlo. Lo confundí contigo o… no sé lo que pasó, pero estoy dispuesto a matarte a ti.

—Sí, Michael. Lo sé… Pero no puedes matar a los fantasmas de tu mente… aunque, como yo, te acusen de una forma real…

—¡Basta, Bed! ¡Basta, déjame en paz!

Pero el monstruo parecía bastante tranquilo, sosegado incluso, y muy sereno en su forma de hablar.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Michael? Soy tu problema…

El escritor jadeaba. El pánico que mantenía rígidos sus músculos no era sólo por la presencia física de Bedankos, sino por la

situación.

Todo aquello era absurdo, pero real. Se daba perfecta cuenta de que era real. REAL.

Y el monstruo repitió:

—Tu problema, escritor… Tu problema. Y está Susan de por medio. Susan me gusta. Tú has querido que me guste… Y recuerda que, para mí, no existen los buenos sentimientos. Me has desprovisto de moral. Soy un ser monstruoso, producto de tu imaginación, y de los que, como tú, crean seres de mi especie para entretener el ocio de las gentes o para saciar la sed de sadismo de las personas… Carezco de buenas costumbres, y si algún sentimiento poseo, tú lo has hecho perverso. Soy un ente del infierno… Y no me gusta, pero tengo que comportarme como tal… Me has dado la vida.

—¡Basta, Bed, basta! Dime de una maldita vez qué es lo que puedo hacer contigo para ser como deseas.

—Ya te he dicho que es demasiado tarde… Demasiado, Michael… Tengo que ver a Susan…

—¡No! ¡A mi mujer, no! Déjala en paz.

El monstruo ahogó una siniestra carcajada. El escritor hizo acopio de valor para dirigirse hacia él, mientras el eco de la risa de Bedankos parecía retumbar por todo el estudio.

—No la toques a ella. ¿Lo oyes? Déjala en paz. Métete conmigo, pero a Sussie, no.

El monstruo volvió a reír. Y Michael se sentía impotente contra él.

Aun aceptando aquella situación como normal, había algo que se escapaba de la imaginación del autor… ¿Cómo era posible que uno de sus personajes pudiera dominarle hasta aquel punto?

Tenía que ser él… ¡Como fuera! Tenía que ser Michael quien consiguiera reducirlo, hacerle obedecer; pero algo le retenía allí, frente a aquel sujeto extraño con una voluntad poderosa…

—Debe ser con inteligencia… —musitó Michael—. Sólo con la inteligencia podré dominarte, porque tú eres más fuerte que yo, pero todo lo que posees es obra mía: tu mente, tus reacciones. ¡Yo te las he dado!

Bedankos se alejaba con su paso lento, pero seguro. Era una mole granítica que avanzaba hacia la alcoba donde Sussie

descansaba, ignorante de aquella terrible y alucinante realidad.

—Si supiera cómo terminar mi historia… La primera, antes de corregirla… Sí, Bedankos tenía que morir… Pero no sé cómo…

Trató de pensar deprisa, pero le era imposible porque su mente se hallaba como embotada.

Él no solía beber nunca cuando se ponía frente a la máquina de escribir, y últimamente había bebido bastante, le era imposible coordinar. Le ocurría también aquello cuando necesitaba ir deprisa, porque él —Michael— era un escritor rápido cuando no tenía agobios; pero ante las preocupaciones, sus pensamientos se negaban a secundarle.

—Debe haber algún medio… Los que perseguían a Bedankos en mi novela… Ellos pueden detenerle… Si apareciesen de pronto…

El monstruo se volvió y soltó una risotada.

—No, Michael… Los demás personajes carecen de vida propia. Los has creado como muñecos. Son seres que los manejas sin razón y sin lógica… Ellos jamás podrán ayudarte. Yo soy tu obra maestra. Más fuerte que tú mismo.

—¡Maldito! Tú también eres un muñeco, porque los personajes como tú no existen. Eres una fantasía.

—Te salí perfecto… No sé de qué puedes quejarte…

Michael calló. No quería que Bedankos pudiera descubrir sus propios pensamientos.

«Te destruiré… sé que puedo».

—Llama a los demás… A Hungar, el médico idiota que aparecía en tu relato; o a la frívola de su mujer, una muñeca sin vida…; o al inspector de tu relato… No son nada. Tú lo sabes. ¡Invócalos! No vendrán. Seguro que no vendrán.

Y el escritor vio cómo el monstruo seguía su camino por el corredor, yendo en pos de Susan…

«¡Invocar a personajes de su imaginación! —pensaba Michael—. Pero… ¿por qué no?».

—¡Venid! Hungar… Tú puedes dominar al monstruo… Yo te he dotado de inteligencia… Detective Jena…

Sí, eran los personajes de su novela y le parecía estúpido llamarlos, pero ¿por qué no?

No tenía sentido. Se estaba volviendo loco.

¿Pero acaso tenía sentido el que Bedankos estuviera allí?

—Tal vez Bed tiene razón… No he sabido crear a los personajes con el carácter suficiente. Son muñecos… Sólo él, sólo Bed me salió perfecto, pero… ¡Oh! No es posible que se haya convertido en un ser real…

Sus pasos apenas se oían porque la moqueta que cubría la superficie del corredor ahogaba las pisadas del ente.

—Sí, sí… Me estoy volviendo loco. Me estoy volviendo loco.

El monstruo se revolvió otra vez y volvió a sonreír, como si se burlara de la lucha que Michael sostenía consigo mismo. Como si saborease el triunfo de verse superior.

—¡Doctor Hungar… detective Jena! —volvió a llamar el escritor, mientras su frente se perlaba con gruesas gotas de sudor.

Muy cerca de la casa se aproximaba un coche. Dos personas viajaban en él.

Al borde de la desesperación, Michael seguía gritando:

—¡Doctor Hungar! ¡Detective Jena! ¡Os necesito, os necesito!

Bedankos se volvió hacia él, imponente.

—No, Michael… Nadie, nadie podrá ayudarte —dijo, con su voz cascada, profunda, horrible.

CAPÍTULO XI

El automóvil salió del sendero para dirigirse hacia la casa. Michael obsesionado por la figura del monstruo, se lanzó contra él.

—De un modo u otro tengo que destruirte.

Su cabeza chocó contra el pecho de Bedankos, que le rechazó con su corpachón macizo, indestructible.

Michael sufrió una pequeña conmoción que le dejó atontado, pero no lo suficiente como para no insistir.

El monstruo se aprestaba a la lucha. Esperaba el ataque, seguro de la victoria.

—Acabaré contigo —escupió Michael, volviendo a la carga; pero Bedankos le rechazó una vez más con fuerza y Michael trastabilló para ir a caer contra una mesita, sobre la cual un jarrón se tambaleó.

El automóvil se detuvo cerca de la casa.

El escritor, jadeante, se incorporó de nuevo, para lanzarse contra el monstruo. Michael no se dio cuenta de que llamaban a la puerta. Trataba de reducir a Bedankos, pero aunque logró forcejear con él, acabó recibiendo otro empellón que le mandó una vez más contra la pared. Su cabeza chocó contra el pomo de la puerta de la habitación de los invitados y se desvaneció.

Desde fuera, alguien llamaba:

—Abran la puerta… ¡Abran!

El monstruo contempló su obra durante unos momentos. No parecía oír en absoluto los gritos procedentes del exterior. Dio la vuelta y continuó hacia el dormitorio de Sussie, que se removía en su cama, adormilada.

Michael había perdido la noción de la realidad. No sabía si estaba soñando o seguía viviendo aquella pesadilla real y alucinante.

Se había incorporado, al sonido de los golpes. Bedankos no

estaba allí. Lo buscó con la mirada, antes de decidirse a abrir la puerta.

—Soy Hungar. Ábrame la puerta, Lazlo…

¡Le llamaban Lazlo, igual que al personaje de su novela!

Abrió, de todos modos. Hungar estaba allí. No era igual que el personaje que había descrito, pero le acompañaba su esposa, una muchacha joven, arisca a veces, con faldas extremadamente cortas que le permitían lucir sus piernas de maravilla.

Michael se fijó en la boca de la provocativa Iliona. Era grande, sensual, reía casi siempre como una estúpida.

—¿Tienes problemas, Lazlo? —Sonrió.

—¿Dónde está Bedankos? —preguntó el médico.

—Date prisa, Hungar —repuso Michael—. Está en el dormitorio de Susan. No puedo hacer nada contra él.

Y le extrañó oír su propia voz, pero sabía que aquello estaba sucediendo realmente… *Lo sabía*.

—Déjalo de mi cuenta —repuso Hungar.

—Es necesario avisar al detective Jena. ¡Debemos acabar con él, Hungar! ¡Es necesario destruir a Bedankos!

—Está bien, está bien… Iliona se encargará de llamarle. Tú no hagas nada, estás demasiado nervioso.

—¿Qué número es, querido? —preguntó la mujer, avanzando hacia el centro de la sala.

—No lo sé… no lo recuerdo… Yo nunca he puesto el número de teléfono en la novela… No sé el número.

—Así, ¿cómo voy a llamar al detective?

En aquel instante se escuchó un grito desgarrado, un grito procedente de la habitación de Susan.

—¡Es Sussie! —gritó el escritor.

Corrió hacia el cuarto seguido del médico, que le previno:

—¡Tú, no! Sólo yo puedo dominarlo. No te muevas… El monstruo es cosa mía.

—¡Sálvala, Hungar! Sálvala, antes de que la mate…

—¿Va a matarla? —preguntó la llamativa Iliona, sentándose con displicencia y procurando mostrar al máximo sus largas y bien perfiladas piernas.

El escritor recordaba aquella escena. La recordaba, porque era un capítulo de su novela, algo que tenía la sensación de haber

vivido antes de entonces. Todo resultaba un poco confuso: la luz que ambientaba el salón, la atmósfera, la pose de Iliona y la horrible lentitud de Hungar.

¡Él era el culpable de que Hungar no actuara más aprisa! Él lo había creado lento para dar más *suspense* a su relato. Se había recreado en alargar las escenas y pensó en algo horrible… Susan, la protagonista de su relato, moría a manos del monstruo, precisamente, porque el médico no había llegado a tiempo.

—¡Hungar, deprisa, deprisa!

—¡Un momento! —Cortó el doctor—. Tú has dicho que Susan va a morir…

—No importa lo que he dicho… Vosotros no lo sabéis porque… ¡Oh! ¡Al diablo! Ahora no tengo tiempo de explicároslo.

No, Michael no tenía tiempo de explicar el argumento, y, vistas las cosas conforme se desarrollaban, todo tenía cierta lógica, porque en su relato, Hungar llegaba tarde para salvar a Susan; porque el método para destruir al monstruo lo ideaba cuando Sussie ya estaba muerta; pero esa escena todavía no había llegado y, por lo tanto, Hungar «aún no podía saber lo que el *autor* sí sabía».

—Deprisa, Hungar, deprisa… —Y Michael se lanzó contra la puerta, que estaba cerrada por dentro—. ¡Hay que destruir la puerta, echarla abajo!

—Bueno, bueno… No hay que precipitarse; no podemos enfurecer a Bedankos…

Y la voz de Susan volvió a oírse, con un grito atroz:

—¡Socorro!

—¡Es ella! ¡Es ella! —exclamó Michael a su vez, y, sin esperar a Hungar, cargó de nuevo contra la puerta, que resistió.

—¡Hay que dar la vuelta! Entraremos por la ventana —gritó Michael.

Eso también lo decía su protagonista en su novela, y corrió como un loco para dar la vuelta a la casa.

Ficción y realidad se estaban confundiendo, más para Michael, era la vida de su mujer lo que más le importaba. «Sabía que aquello estaba pasando», aunque no tenía tiempo para buscar una explicación.

Llegó hasta la ventana y la encontró cerrada. No esperó. Se lanzó a través de ella, cubriéndose la cabeza con las manos.

Los vidrios se rompieron, y Michael rebotó contra el suelo, en el interior de la habitación.

Se dio un golpe en la cabeza y perdió momentáneamente el sentido.

Su esposa se incorporó del lecho y lanzó un grito.

CAPÍTULO XII

—¡Vamos, vamos, Michael! ¡Cálmate, bebe algo, te sentará bien! —dijo la voz de Rennie.

Michael recorrió la mirada por la habitación. Se hallaba sentado en una de las butacas de su dormitorio. Su esposa llevaba puesto un salto de cama y le observaba extrañada, confusa, y con evidente preocupación.

También estaba Bella, su cuñada, y Rennie, que era el que tenía más cerca.

Bella, con una falda extremadamente corta, sonreía.

—Parece que ya se ha recuperado… Dejas que tu marido trabaje demasiado, querida —dijo, con voz que sonaba a cascabeles.

«Iliona», pensó Michael.

Sí. Por primera vez, su cuñada se le antojaba igual a Iliona, la esposa del doctor Hungar de su novela.

Miró a Rennie, que sonreía, con un vaso en la mano.

—Toma esto. Es *gin*. Te reanimará.

—Estoy bien, estoy bien —repuso Michael, intentando incorporarse. Su esposa avanzó a su encuentro.

—Querido. Me has dado un buen susto…

Michael la abrazó.

—Perdóname. Yo… —Se volvió hacia la ventana y vio que los cristales estaban rotos.

—¡No lo he soñado! —exclamó.

—¿Perseguías a alguien? —inquirió Rennie.

Tras un silencio, el escritor asintió:

—Prefiero que sepáis la verdad. Ya hablé contigo de ello, Rennie…

—¿Bedankos? —preguntó el joven médico.

—Sí. Estaba aquí… Pero vosotros, ¿cuándo habéis llegado?

—Hace cinco minutos… Creí que estabas trabajando, y llamé a

la puerta, pero no contestaron. Entonces te vimos correr por el jardín.

—Yo te vi —adujo Bella.

—Te llamamos —añadió el médico—, pero no nos hiciste caso.

—Y te lanzaste contra la ventana —concluyó Bella.

—Yo acababa de despertarme —explicó su esposa—. Oí el timbre, estaba medio dormida cuando oí el ruido. Todavía estoy temblando de miedo… Pero más me asusté cuando te vi en el suelo. ¿Estás bien, Michael?

El escritor notaba unas ligeras contusiones, pero no dijo nada. Quería saber, quería llegar hasta el final de aquella pesadilla.

Se acordó del grito que había creído oír, cuando estaba con el *doctor Hungar e Iliona*.

—Sussie… Me pareció oírte gritar… Antes… antes de… Bueno, quiero decir…

Todos le estaban mirando a él. Michael apretó los puños.

—¡Oí tu voz, Sussie! ¡Creí que estabas en peligro, y por esto salí, para entrar por la ventana! Tu puerta estaba cerrada por dentro…

Susan guardó silencio. Michael comprendió que no le entendía, quizá porque aquello sólo había sido un sueño.

—Querido… Descansa. Te conviene. Piensas siempre en tu trabajo, tu mente es un continuo hervidero de ideas.

—No estoy loco, Susan… Óyeme tú también, Rennie: mi cerebro funciona perfectamente, y digo que ojalá todo lo que haya sucedido sea sólo un sueño…

—¡Cuñado! ¿Tratas de decir que no ha sido un sueño?

—Digo que ojalá lo haya sido… —Y salió de la estancia mirando en derredor, como si tratara de no ser un extraño en su propia casa y ante su familia… Como si buscara una explicación lógica que le diera la razón.

Y la encontró.

¡El jarrón!

Sus ojos, en su lento deambular, se detuvieron en la mesita contra la que había chocado cuando el monstruo le empujó, y el jarrón que se había tambaleado estaba tumbado; inmóvil, pero tumbado.

—¡Ahí está! —dijo.

Todos buscaron lo que Michael estaba señalando.

Se aproximó al jarrón y lo tomó en sus manos.

—Yo fui a parar contra esa mesa y el jarrón se cayó, sin llegar al suelo. Tengo una vaga idea.

Nadie contestó. Aquella razón debió parecerles poco convincente. Algo fortuito, una casualidad.

—¿Peleaste con Bedankos? —preguntó Rennie, rompiendo el embarazoso silencio.

—Sí. Él… él se encerró en la habitación de Sussie; yo sabía que, según mi novela, Sussie debe morir… Es… extraño: todo sucede tal como yo lo había escrito hasta el momento de interrumpir mi novela…

Hizo una pausa, y sin dejar el jarrón, avanzó hasta el *living*.

—No sucede al pie de la letra… Se diría que ocurre sólo en los momentos más densos… —Y con una rápida transición, añadió—: Cada cual tiene su sistema de trabajo. El mío, por ejemplo, en esta clase de relatos, lo divido en tres partes… Cada novela consta de tres partes. ¿Comprendéis? Expongo los hechos de modo que puedan interesar al lector; luego, la segunda parte es el nudo. Todo se ha complicado, es el momento en que el lector debe sentirse más interesado que nunca, y al fin llega el desenlace. Yo… yo he vivido las dos primeras partes… La aparición de Bedankos…; lo que sucedió después de esta noche… ha venido a ser la escena culminante de la segunda parte… ¡Dios mío! Falta… falta la última…

En derredor, todo era silencio. Le oían hablar; le escuchaban, pero sin comprenderle.

—¡No estoy loco! ¡No lo estoy! —Se dejó caer en una butaca y añadió—: Creo que no lo estoy.

De nuevo fue Rennie quien interrumpió el silencio, haciendo un gesto a Sussie como para que se tranquilizara.

—Michael… Prometí no decir nada, pero puesto que tú mismo has dicho delante de tu mujer que fuiste a verme… quiero que sepas que no he dejado de pensar en tu problema… Esta noche, Bella estaba en casa; habíamos quedado en salir, pero yo estuve repasando unos libros y… bueno, leí algo importante y pensé que debía comunicártelo… Bella ha querido acompañarme. Éste es el motivo de haberos hecho una visita tan intempestiva.

—Has llegado en el momento más oportuno, Rennie —murmuró

Sussie.

—Sí. Y me alegro, aunque lamento que a Michael le ocurran esas cosas… Ahora sé que esto es fruto de su cansancio… —Y como el escritor levantó la mirada como para interrumpirle, Rennie le hizo un ademán para que le permitiera continuar:

»No, no, no me interrumpas… A ti te suena a tópico… Pero tu caso no es único. En las memorias de un médico de principios de siglo: el doctor Von Strogel, de Dusseldorf, se relata que uno de los pacientes padecía un cierto desdoblamiento de personalidad… Era un escritor, cuyo nombre el doctor Von Strogel se reservaba, por una cuestión de ética…

Tras una breve pausa, Rennie continuó.

—Era un caso idéntico al tuyo. En aquella época se escribían muchos relatos terroríficos basados en leyendas antiguas que los autores desempolvaban… Bueno, el autor en cuestión le ponía mucha fantasía a sus relatos, que eran devorados por los lectores. En resumen, a ese autor le ocurrió lo mismo que a ti. Sus personajes se le aparecían en pesadillas, que a él también le parecían reales…

Los ojos de Michael estaban fijos en el suelo.

—¿Y encontraba pruebas de que aquellas pesadillas habían sido reales?

—¿Pruebas? —murmuró Rennie—. ¿Te refieres a ese jarrón volcado?

Michael señaló al suelo. Sobre la moqueta había un pequeño objeto que se apresuró a recoger.

—Y ese pendiente.

—¿Eh?

Todos miraron lo que el escritor sostenía entre el índice y el pulgar.

Era un pendiente femenino, un aro dorado, una pieza de quincallería vulgar.

Un reflejo de su imaginación le hizo recordar a Iliona la esposa del doctor Hungar.

¡Ella llevaba aquellos pendientes!

Instintivamente miró a Bella, su cuñada.

No. Los pendientes de Bella no se parecían en nada a aquel aro.

—¿Qué es esto? —preguntó Susan.

—El pendiente que llevaba Iliona… ¡Ella ha estado aquí! ¡No lo

he soñado! ¿Lo oís? ¡No lo he soñado! ¡Bedankos, Hungar e Iliona, han estado aquí!

CAPÍTULO XIII

Michael había estado releyendo la copia que le quedaba de la novela que había destruido. La novela inconclusa, fruto de aquellos extraños sucesos de los que era protagonista.

Rennie estaba con él, y aguardó a que el escritor concluyera.

—No busques hechos sobrenaturales, Michael y créeme… Deja de pensar por una temporada. Tienes posición, no te falta dinero para poder vivir durante algún tiempo sin trabajar. Manda a paseo a los editores.

—Todo está aquí, Rennie —repuso el escritor—. Todo… Lo que ha sucedido y lo que sucederá.

—No te obsesiones con esta idea, Michael… Nada de lo que has escrito va a suceder.

—Escucha, Rennie; si de veras quieres ayudarme, quédate a vivir aquí… Llamaremos al agente Cobb.

—¿Al agente Cobb?

—Tal vez podamos necesitarle.

—Michael… atiende… Esto no debe saberlo nadie. Yo puedo justificar que se trata de un desequilibrio pasajero, pero si lo cuentas a gente lega en el asunto…

—No habrá que contar nada, Rennie. Puedo, puedo inventar una excusa… Diré que temo que un ladrón esté rondando la casa. Eso bastará para que Cobb vigile la casa.

Rennie lanzó un suspiro.

—Haz lo que quieras, pero no me hagas partícipe oficial de esto.

—¡Rennie! ¿Es que…? ¿Tú no crees…?

—Michael, por el amor de Dios. Ya te he dicho de lo que se trata…

—No es una alucinación, no es un producto de mi mente cansada, Rennie…

—Está bien… Según tú, sucede… Sólo porque has descubierto

un pendiente en una moqueta.

—¿De dónde ha salido?

—Vosotros tenéis una asistenta, ¿no? Éste es un pendiente vulgar, propio de una asistenta… Creo que la conozco; una solterona pueblerina, que compra quincalla para sentirse más elegante.

—¡Este pendiente no estaba antes ahí…!

—¡Bah!

—Escucha… Mi Hungar de la novela y su esposa Iliona… por un momento pensé que podíais ser vosotros… Su parecido es…

—Michael —atajó el joven médico—. Todo esto es perfectamente natural… Los autores, aun sin daros cuenta, cuando describís a una persona, inconscientemente, hacéis el retrato de un ser real…

—Es posible, pero…

—En tu novela sale un médico, y tú has descrito a un médico joven con rasgos más o menos parecidos a los míos…

—Estoy de acuerdo, pero…

—Y para crear a esa Iliona, vacía, sofisticada y hasta vulgar, te has inspirado en Bella.

—Bella no es una muchacha vulgar.

—No nos engañemos, Michael. Yo soy su prometido… Bella no es vulgar, pero hace cosas, a veces, que le dan esa apariencia. Yo la quiero, pero mi querer no me ciega, ¿comprendes? Bella ama la notoriedad, le hubiera gustado ser alguien, que se hablara de ella; y sin darse cuenta, se deja llevar por sus sentimientos, finge lo que no es… Eso sucede en muchas personas… Tú lo ves así. La aprecias, porque es la hermana de tu mujer… pero, en el fondo, acostumbrado a hurgar en lo más profundo de las personas, las desnudas mentalmente… Ves lo que hay en el fondo, o lo que a ti te parece que hay… Tu Iliona de la novela es un buen retrato de lo que tal vez creíste ver en tu cuñada cuando la conociste…

—Puede que sea como tú dices, pero…

—¡Michael! ¡Es como yo digo! Tus personajes siempre se parecen a alguien… Tu doctor Hungar es un poco, digamos, torpe. Quizá no te ha salido del todo bien, pero yo no me veo reflejado, ni identificado; como nadie puede verse identificado en tus personajes aunque en realidad tú los hayas descrito alguna vez basándote,

repito, sin darte cuenta, en personas reales…

—Rennie… Supongamos que te hago caso —musitó pausadamente el escritor—. Supongamos que me tomo un descanso. No por ello mi mente dejará de funcionar. Vivo de esto, estoy acostumbrado a crear… ¿Qué pasará, insisto, si esto me vuelve a ocurrir?

—Bueno —sonrió el médico, pensativo—. ¿Cómo acaba tu novela?

—Antes de modificarla estaba sin terminar.

—Bien, déjala como está.

—Ya la dejo, pero es que todo *sigue sucediendo igual*…

—Bien… ¿Qué te preocupa?

—Susan.

—Sigue.

—Bedankos la mata. Ella se resiste a ser amada y el monstruo la estrangula, bueno… se ensaña con ella. Es una escena horrible.

—¿Cómo pensabas terminar con el monstruo?

—Hungar encuentra la solución.

—¿Cuál es?

—Todavía no había llegado aquí. Encuentra el modo de vencerle. Va a casa de Lazlo en el momento culminante, pero Susan ya ha muerto.

Tras una pausa, añadió:

—Mira, voy a leerte la copia, dice así:

> Lazlo estaba desesperado al comprobar que por segunda vez no podía derribar la puerta del dormitorio de su novia, fuerte como la entrada de una fortaleza, pero él sabía que Bedankos estaba allí y que *no podía hacer nada* contra aquel ser horrible e indestructible…
>
> Oía gritar a Susan, aunque no podía ver cómo el monstruo la estaba descuartizando…
>
> Entonces entró el doctor Hungar…
>
> —Llegas a tiempo, querido amigo —dijo Lazlo—. ¡Ayúdame!
>
> Y Hungar, triunfante, contestó:
>
> —Conozco el sistema. Puedo destruir a Bedankos…

El escritor soltó la copia y comentó:

—Esto es todo. Cuando escribí estas líneas, todavía no estaba muy seguro del método que había inventado el doctor.

—Bien… Eso no tiene importancia.

—Sí, la tiene, porque Susan muere a manos del monstruo… ¿No lo comprendes? Ella está condenada. Lo que ocurra después ya carece de importancia…

—Michael, Michael… Esto no tiene por qué suceder.

—Ayúdame, Rennie. Ayúdame… Si estoy equivocado, enciérrame por loco, pero quiero salvar a Susan… ¡Quiero salvarla!

CAPÍTULO XIV

El escritor pasó el resto de la noche despierto. No era una novedad para él, ni se sentía más cansado por ello.

Había estado pensando, porque sabía que por primera vez en su vida, del fruto de sus pensamientos no salvaría únicamente a un protagonista sino a su esposa… porque el auténtico protagonista del drama era su mujer: Susan.

Llegó a una conclusión. Todo intento era inútil.

Matar al monstruo no servía más que como venganza, porque en el momento de dejar el relato, Susan ya estaba muerta. No podía volver atrás. «Aquello ya había pasado».

No. No era posible cambiar el destino. No era posible trastocar lo que ya estaba hecho. Todo era cuestión de tiempo para que se consumara.

Susan asomó para interrumpirle.

—Michael… ¿Por qué no te has acostado?

El escritor la miró largamente, apreciando la serena belleza de su esposa, elegante aun con las ropas de dormir… Admiraba aquella nobleza de su aspecto, aquel señorío que emanaba de su persona… Mucho menos llamativa que su hermana, poseía aquel singular empaque, aquella personalidad que no puede adquirirse en escuelas ni universidades.

—Te adoro, Susan. —Y la besó con fuerza.

A través del transparente camisón, pudo apreciar aquellas marcas de uñas y se estremeció.

Pensó que Susan todavía ignoraba las sospechas del escritor, pero estaba convencido de que eran ciertas.

Ella interrumpió el silencio para informar:

—Rennie ha ido a acompañar a mí hermana a casa. Dijo que volvería.

—Rennie está equivocado… Ya sé que lo que sucede es difícil

creerlo… Y no lo hubiera contado si no tuviera confianza en vosotros…

—Michael… Siempre has proyectado hacer un largo viaje… —empezó ella.

—Lo sé, lo sé… Todos queréis apartarme de esa realidad tan latente para mí.

—¿Crees que Bedankos existe? —susurró ella.

—Sé que volverá… Tiene que volver. Es todo lo que puedo decirte —contestó Michael, dejándola para ir hacia la ventana y observar el jardín.

Luego se volvió hacia ella y añadió:

—Volverá muy pronto, amor mío… Y quiero pedirte, por absurdo que te parezca, que… que te encierres en tu habitación y que no abras a nadie. Absolutamente a nadie.

Ella no contestó. Observaba tristemente a su marido, con la mirada apenada, tratando tal vez de comprenderle, de ayudarle.

—Ni siquiera a mí, Susan. ¿Lo has comprendido? No me abras ni siquiera a mí, aunque te lo suplique. Puede tratarse de un ardid de Bedankos…

—¡Oh, cielo! ¡Cielo! —Y ella corrió a abrazarse a Michael.

Él la rodeó con sus poderosos brazos, que aun siendo fuertes y musculosos, no podían competir con Bedankos.

—Hazme caso, amor mío… Hazme caso. Aunque no puedas creerme… Yo sé que el desenlace está próximo, y buscaré la solución… Tengo que encontrarla, tengo que encontrarla…

* * *

La noche cubrió el paisaje con su manto azul.

El oficial Cobb y su ayudante regresaron al pueblo después de su rutinaria ronda.

La casa del escritor semejaba un decorado que ambientase el paisaje en una novela de misterio.

Las ventanas estaban iluminadas, más en la distancia, reinaba el más absoluto silencio.

Era la temida noche que esperaba el escritor.

En la casa, Bella y Rennie estaban cenando con el matrimonio

Lescott. Era una cena triste como si todos pensaran en los presagios de Michael, que, en el fondo, se resistían a creer.

¿Iba a suceder algo aquella noche?

Michael apenas probó bocado. Su esposa trataba de disimular su estado de ánimo y Bella intentó animar la reunión.

Rennie se portó como era su natural, pero refrenando su estilo más bien dicharachero, contagiado también de las circunstancias ambientales, o acaso comprensivo de la tensión que todos estaban pasando.

La pareja de guardianes del orden se alejó, perdiéndose en el sendero rural.

—¿Un poco de café? —preguntó Susan, rompiendo el silencio.

—Sí, creo que nos vendrá bien… —repuso Michael—. Tú, Bella, si quieres, puedes irte a la cama. Creo que tu hermana ya te ha preparado el dormitorio.

—¿Queréis excluirme de la función? —Sonrió la joven.

Rennie reprochó el frívolo comentario de su novia con la mirada.

—Bueno —se excusó la muchacha, levantando los hombros—. Quise decir que…

—Es mejor que no digas nada, Bella —musitó su hermana.

—Perdonad… perdonad —insistió ella.

Susan se alejó hacia la cocina.

Fue entonces cuando la luz se apagó de repente. Susan lanzó un grito.

Algo se rompió sobre la mesa por el movimiento brusco de uno de los comensales.

—¡Susan! —gritó el escritor.

CAPÍTULO XV

Con las velas encendidas, el cuadro que ofrecía la estancia parecía preparado adrede para dar realce a los acontecimientos que se presentían. Era como si un director artístico hubiese dispuesto la ambientación adecuada al caso.

Susan estaba bien.

—Perdonadme… No he podido contenerme —dijo, disculpándose por haber gritado.

Michael contestó al teléfono. La fábrica de la luz se excusaba.

—Se trata de una avería que estamos localizando. Procuraremos que pronto quede restablecido el servicio.

—Será mejor que yo prepare ese café —dijo Bella.

Susan la acompañó a la cocina.

—No tengo miedo, Bella, y procura no hacerte la lista. Todos estamos nerviosos y tú no eres una excepción. Te conozco.

—Perdona, hermanita. Si es por lo que he dicho antes, ya pedí disculpas —repuso ella. Estaban solas en la cocina. Susan se retorció las manos.

—Perdóname. Estoy inquieta… Es por Michael. Desde luego.

—Te compadezco —repuso Bella, buscando la cafetera.

Susan le indicó la cafetera, y su hermana menor comenzó los preparativos.

—No me compadezcas…

—Nunca hubiese pensado eso de Michael —repuso Bella sin darle importancia.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso… Lo que ocurre… Y el caso es que todos parecemos darle crédito.

—Michael no está loco. Si le ocurriera algo yo me habría dado cuenta…

—¿Y esas marcas que tienes en la espalda? ¿Siempre que te

abraza lo hace con tanta efusión?

—¿Eeh?

—¡Vamos, hermanita! Tienes unos arañazos muy profundos, ¿no?

—¿Cómo sabes tú…?

—Rennie no tiene secretos para mí… por eso no viola el secreto profesional…

Susan no comprendía.

—Mira, hermanita, yo tampoco los voy a tener para ti… Michael fue a verle…

—Eso ya lo sé.

—Pues bien… ¿Sabes lo que piensa tu marido? Tras una pausa que parecía estudiada de antemano, Bella añadió:

—Piensa que no fue él quien te abrazó esa noche… Que su monstruo fue quien te hizo esas marcas… ¿Qué opinas de eso, Sussie? —Sonrió abiertamente y añadió—: No irás a decirme que tienes un monstruo particular tan apasionado, verdad…

—Esto no ha tenido ninguna gracia, Bella —reprochó Sussie, disgustada.

—Es la verdad. Lo ignorabas, ¿eh?

—Michael piensa que…

—Tiene ese monstruo metido en la cabeza. ¡Cree que existe! ¿No es eso estar loco? Llamémosle desequilibrado… Quizá suene mejor.

—¡Basta, Bella, basta!

—Tienes que saberlo… Si Rennie ha accedido a venir, y yo estoy contigo, es para protegerte.

—Nunca he necesitado protección. Michael me quiere. Haría cualquier cosa por mí y…

—Vamos, vamos, Susan… Todos sabemos que Michael te quiere… Pero está en trance de perder el juicio… Si no lo ha perdido ya… Por esto he dicho que te compadezco.

Susan se volvió lívida. No podía permanecer allí escuchando a su hermana que, sin embargo, continuaba casi en tono insultante:

—Yo habría podido correr la misma suerte… No es por recordarlo, pero conocí antes a Michael que tú… Y entonces parecía una persona tan normal, tan…

—Basta, Bella… Estás hablando con el rencor bailando en cada una de tus palabras… Lo leo en tus ojos… Lo entiendo

perfectamente… Creo que siempre me has odiado, porque Michael me prefirió a mí.

—¿Pero qué dices?

—¡Bella, Bella!… Ahora lo entiendo… Te alegra lo que sucede, porque tú nunca me has perdonado que me casara con Michael… Desearías de veras que estuviera loco… ¡Oh! Mi propia hermana…

—Tú también estás loca. ¿Celos yo? ¿Me acusas de celos? ¡Oh! Y encima me llamas loca.

—¡Mejor hubieras hecho no viniendo, Bella! No me haces ningún favor… Si crees que Michael está realmente enfermo, únicamente pretendes comprobarlo; reírte de mi desgracia…

—Te has contagiado de la enfermedad de tu marido. Ves fantasmas que sólo existen en tu imaginación —reprochó Bella, atacando a su hermana con aquellos sus ojos incisivos, llenos de envidia mal disimulada—. Me iré si quieres… No me importa que me eches de mi propia casa…

—¿Qué estás diciendo ahora? ¿Tu propia casa?

—Yo te la cedí para que vivieras con tu escritor. ¿No lo recuerdas tampoco? Era tan mía como tuya, pero a Michael le gustaba tanto ese lugar tan solitario… También a mí me lo había dicho… porque también había hecho planes…

—¡Bella! Me reprochas ahora… ¡Dios mío! Bella… Eres tú quien realmente estás enferma; pero la tuya es una enfermedad mucho peor…

—Yo no estoy enferma… Siempre he sido más cuerda que tú.

—¡Basta, Bella!

—No, tienes que oírme…

La voz de Michael cortó la conversación. Ninguna de las dos había advertido su presencia, y él, el escritor, estaba allí en el umbral de la puerta de la cocina.

—¿Qué ocurre? ¿Qué os pasa a las dos?

Disimularon, trataron de hacer ver que no ocurría nada, pero Michael avanzó hacia las dos y, especialmente, clavó sus ojos en Bella.

—Ve con Rennie, yo ayudaré a Susan a preparar el café.

El café hervía ya, se estaba saliendo de la máquina.

Bella sonrió enigmáticamente. Parecía como si se burlara de los dos.

Abandonó la cocina con paso altivo, emanando una absoluta seguridad de sí misma, como si se alejara de dos enfermos mentales que creyesen estar en posesión de la verdad.

El matrimonio quedó inmóvil, mirándose uno al otro, como si ambos fueran incapaces de pronunciar palabra.

La voz de Bella sonó en el *living*. Sus palabras llegaron claramente hasta la cocina.

—Me voy…

—No puedes irte ahora —decía Rennie.

—Ésta es una casa de locos. Debí darme cuenta antes —seguía Bella.

—Bella, no digas estupideces. Debemos ayudar a tu hermana. Deberías ser la primera en darte cuenta.

—¡No quiere escucharme! Cree que estoy celosa. Está loca… ¡Está loca!

Entonces se escuchó un golpe en la puerta. Bella acababa de irse y Rennie la llamaba.

—¡Espera! ¡Vuelve!

Michael seguía mirando a su esposa, que no se atrevía a hablar. Él tomó una determinación. Salió de la cocina y fue al encuentro del médico que estaba en el umbral de la puerta, mientras Bella ponía ya su coche en marcha.

—Ve a buscarla, Rennie. Puede que tu prometida tenga razón… Si estoy loco, mis alucinaciones no pueden perjudicar a nadie y, por supuesto, mucho menos a Susan…

—Michael… —empezó el médico.

—No, Rennie… Si pensáis que debéis proteger a Susan de mí, estáis equivocados… Yo os expliqué la verdad… Ya sé que es difícil creerla, pero la realidad es que éste es un problema mío y nadie puede ayudarme…

El auto que conducía Bella se había alejado ya hacia el sendero. Rennie, nervioso, repuso:

—Iré a buscar a Bella y la obligaré a pedir disculpas. Su comportamiento no tiene excusa.

—Ella, al fin y al cabo, dice lo que piensa. No tiene por qué excusarse.

—Vuelvo enseguida, Michael. Déjame tu coche…

—Están las llaves puestas, pero cuando alcances a Bella ve con

ella. No te preocupes por el automóvil; déjalo en el sendero. Aquí no hay ladrones. Yo no puedo acompañarte. Se va haciendo tarde y pienses lo que pienses, presiento que esta noche va a suceder algo…

—Sólo tardaré el tiempo de alcanzar a Bella —contestó el médico, y salió en dirección al garaje, pegado al cuerpo principal de la casa.

El escritor se quedó unos momentos en el umbral de la puerta. Desde allí vio aparecer su automóvil conducido por Rennie. Lo vio alejarse hacia el sendero y perderse entre la vegetación.

Observó cómo la luna se ocultaba tras unas nubes, ensombreciendo el panorama.

Cerró la puerta y se volvió hacia el *living*. Su mujer apareció con la cafetera.

—Aquí está el café —murmuró.

—Déjalo, Sussie, y ve a acostarte. Pero… en nuestra habitación no… Recuerda que la ventana está abierta… Utiliza la otra.

—Prefiero estar contigo —susurró ella—. Tomaré un café y esperaré…

—Te estás cayendo de sueño.

—Sé que no podría dormir —repuso ella, pero los párpados se le cerraban.

—¡Vamos, yo te acompañaré, y no temas… no sucederá nada! —Pero la voz del escritor no era nada convincente.

A Susan, sin embargo, el cansancio, o acaso el nerviosismo, parecían haberla vencido. No era lógico que le invadiera aquel extraño sueño, pero Michael creyó ver en ello algo marcado por el destino.

Acompañó a su esposa a la habitación de los huéspedes. La que había destinado para Bella, donde había una cama supletoria a su lado.

La ayudó a desnudarse y luego cerró con llave, guardándosela en el bolsillo.

Le pareció oír ruido en su estudio y pensó en Bedankos.

Sí… Alguien estaba en el estudio.

Michael procuró dominar aquel escalofrío que cosquilleaba su columna vertebral y avanzó con paso seguro.

El desenlace había empezado.

Igual que en su novela, Michael ignoraba el final.

CAPÍTULO XVI

Mientras el escritor caminaba hacia su destino, presintiendo la presencia del monstruo, en el puesto de policía de la localidad el agente Cobb recibía una comunicación telefónica de la que, en principio, tomó nota de forma rutinaria.

—Sí, sí… Hace poco he efectuado la ronda… Todo en orden, desde luego… ¿Diga, señor?

Su aspecto cambió. Cobb comprendió que aquella llamada no era tan rutinaria como creyó en un principio.

Cuando el agente terminó de hablar, su compañero preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo importante?

—No lo sé, pero tenemos que hacer una comprobación. ¡Vamos!

Y el escritor Michael Lescott asomó a la puerta de su estudio, iluminado por el débil resplandor de un candelabro que aguantaba dos velas.

Bedankos estaba allí, junto a la máquina de escribir.

—¿Me esperabas? —preguntó.

—Sí, Bedankos, te esperaba, para decirte que esta farsa se acabó. —Y el escritor sacó un estilete del bolsillo de su chaqueta. Era un objeto especial, un recuerdo, de los muchos que almacenaba en sus estantes; el regalo de alguien que ahora podía hacerle un magnífico servicio.

El estilete tenía un muelle que alargaba veinte centímetros la longitud de su cortante punzón, alcanzado en total una dimensión que hacía del artefacto un arma temible y segura.

—Ya intentaste matarme otra vez, Michael.

—No con esto, Bed. Voy a hundírtelo en tu cuerpo con mis propias manos… Yo sé cómo eres por dentro, no puedes perder ni una sola gota de tu sangre especial, no sería posible renovarla y cuando te desangres empezará tu agonía, porque tus heridas no podrán cicatrizar nunca. Ése es el secreto que el doctor Hungar

hubiera comunicado al protagonista de mi novela.

—¿Lo has pensado ahora?

—Sí… Lo he pensado ahora.

—Bien. Acepto que hubieras planeado mi muerte, pero ésta no puede llegar antes de que se consuman los hechos que tú ya sabes…

—No pasarás por esta puerta, Bed. No te dejaré.

—Tengo que matar a Susan y tú lo sabes. No puedes cambiarlo.

—Tendrás que matarme primero a mí y esto tampoco está previsto, ¿verdad?

—Eres un estúpido. No tienes ingenio de ninguna clase. Yo he sido tu obra maestra y no sabes reconocerlo. —Y Bedankos avanzó lentamente hacia el escritor.

Michael esgrimió el arma tratando de mantener al monstruo a distancia.

—No, Bed, quieto. Es inútil.

—Tus esfuerzos sí que son inútiles, Michael. Tienes que admitirlo… Si fueras inteligente, de veras sabrías que me has dotado de las mejores armas. Lo único que se te olvidó fue proveerme de conciencia. Eso es algo que los fabricantes de monstruos no podéis hacer.

—¡Quieto, Bed! Es tu oportunidad, vete ahora, no avances…

Pero Bedankos con la mirada puesta en Michael, desafiante en su forma de hablar, continuaba:

—Recuerda que mi cuerpo está hecho de fragmentos… Quisiste para mí el cerebro más inteligente, la fortaleza física del más fuerte de los hombres; la agilidad del animal más ágil. Me dotaste de los mejores reflejos, me diste un corazón resistente, inmune al dolor. Me otorgaste el poder de poder dominar a mis enemigos con el pensamiento, con el deseo… Con mis ojos puedo sugestionar a quien quiera… Ésa fue tu obra, y tú sabes bien que nadie puede resistirse a una orden mía… Fíjate bien en mis ojos. Mi brillo tiene una influencia de la que nadie puede sustraerse, ni siquiera tú… Tus manos te pesan, Michael… No puedes sostener ese estilete y estás cansado.

Michael sentía un terrible peso en sus párpados y su diestra, que empuñaba la improvisada arma, temblaba ligeramente.

No era posible que su propia creación pudiera llegar a dominarle.

El monstruo seguía allí, autosugestionándole.

Michael conocía bien aquel poder que estaba sintiendo en su propia voluntad, pero luchaba por ganar la partida. Sabía que era la única oportunidad para salvar a su mujer, porque si el monstruo traspasaba aquella puerta seguiría inexorablemente hasta el dormitorio y allí consumaría su acción criminal.

Después… Después ya no importaba lo que sucediera, porque el final seguía sin estar previsto.

—Suelta el estilete, Michael —siguió el monstruo, con voz pausada, pero segura.

—No, Bed… Tú no puedes dominarme.

—Sí puedo, Michael… Porque tú no eres Michael en realidad… Eres Lazlo, el protagonista que has creado, un ser débil, vulnerable como todos…

—¡Quieto, Bed! ¡Quieto!

Bedankos dio otro paso más. Estaba muy cerca de aquel afilado punzón, que apuntaba hacia su cuerpo.

Michael sabía que si atacaba sólo tendría una oportunidad, porque conocía de antemano cuál iba a ser la réplica de su enemigo.

¡Había logrado el ser perfecto y no era capaz de vencerle! Pensó que en la mayoría de los relatos, todo termina bien, porque el autor fuerza la acción y la lleva por donde más le conviene; pero en la realidad, los acontecimientos tenían que seguir su curso y sólo un golpe de suerte podía ayudarle.

¡Si al menos Rennie regresara! ¡Si pudiera ver al monstruo con sus propios ojos!

Sí. Michael comprendía que, sin ayuda, jamás lograría dominarle…

—Suelta el estilete —repitió Bedankos.

«¡No! ¡No! —se decía a sí mismo Michael, intentando escapar del influjo casi irresistible de aquella criatura cruel y dominante».

—No puedes sostenerlo, Michael. No puedes…

«Sí puedo… No conseguiré que mines mi voluntad… Aguantaré, Bed, aguantaré», insistía el escritor para sí.

—Es inútil… Suéltalo ya, Michael. Suéltalo. No puedes con él… Jamás llegarás a hundirlo en mi cuerpo, jamás… Suéltalo. Suéltalo.

¿Hasta cuándo podría resistir?

Aquella arma pesaba tremendamente, casi le doblaba la muñeca

y Michael tuvo que ayudarse con la otra mano para sostenerla.

Bedankos dio un paso más. Michael tenía el estilete doblado; sudaba ante el tremendo esfuerzo que representaba para él sostenerlo.

La influencia del monstruo estaba triunfando.

Bedankos soltó una carcajada.

—Ya no puedes, Michael. Ya no podrías manejarlo. —Y acentuando su sonrisa, apartó suavemente al escritor que se hizo a un lado como un muñeco, como una marioneta que no puede hacer otra cosa que obedecer a los hijos que le manejan.

Exhausto, inmóvil, porque era incapaz de mover las piernas, Michael Lescott vio cómo el monstruo se alejaba para cumplir su cometido: matar a Susan.

—¡No! —gritó Michael, haciendo un esfuerzo, pero Bedankos se volvió y sus ojos volvieron a dominar al escritor.

—Quieto, Michael… Lo que está escrito tiene que suceder.

CAPÍTULO XVII

La carcajada de Bedankos resonó por todo el corredor. Michael, sin el influjo de aquel par de ojos y merced a su tremendo esfuerzo de voluntad, se recobró.

—¡No, no! —gritó, yendo en pos del monstruo.

En la sala reinaba la oscuridad y tropezó un par de veces golpeándose las piernas.

—¡Detente, Bed! —gritó, pero sólo podía oír la carcajada del monstruo sin verle.

—¿Dónde estás, dónde estás, Bed? —gritó de nuevo, esgrimiendo el estilete que volvía a sostener con naturalidad.

De repente se había hecho el silencio.

A tientas y conteniendo la respiración para no dejarse sorprender, Michael avanzó hacia el corredor.

Seguía sin percibir el menor ruido que él trataba de captar. Presentía que Bedankos estaba oculto en alguna parte, que le acechaba.

Llegó hasta cerca de la puerta del cuarto de huéspedes que continuaba cerrada, Escuchó unos momentos. En la habitación tampoco se oía nada.

Palpó la llave que guardaba en su bolsillo después de haber encerrado a su esposa.

¿Dónde estaba Bedankos?

Perdió la noción del tiempo que permaneció a la escucha del menor indicio delator.

¿Había sido un sueño como pensaban todos?

No. Él sabía que no era un sueño. Bedankos tenía que estar allí. Terminó de cruzar el corredor hasta llegar al dormitorio cuya puerta se hallaba entornada. La abrió lentamente y percibió el viento suave que pasaba a través de los cristales rotos de la ventana.

Allí tampoco estaba Bedankos… ¿Se habría marchado?

Cerró la puerta sin hacer ruido y se dirigió hacia la cocina. Comprobó que la otra salida continuaba cerrada con el pestillo, lo que probaba que aquella puerta no había sido inutilizada.

Regresó de nuevo al estudio y esperó apenas un minuto.

—Está preparando algo… Lo sé —dijo, casi en voz alta.

Distraídamente se fijó en la última copia de la novela que le quedaba y la tomó en sus manos.

Las dos velas de los candelabros chisporroteaban.

De pronto el silencio fue interrumpido por un grito agudo.

—¡Aaah!

Instintivamente, el escritor exclamó:

—¡Susan!

Casi al mismo instante, una carcajada triunfal surgió de la habitación de los huéspedes, la que ocupaba su esposa.

Era una carcajada aterradora que simbolizaba lo que Michael tanto había temido. El monstruo había logrado entrar por alguna parte que Michael no acertaba a comprender.

Aquella risa era como un reto y una victoria a la vez.

—¡No, maldito, no! —gritó el escritor y tiró con furia la copia de la novela contra la mesa.

El manuscrito chocó contra los frágiles candelabros que se volcaron, dejando escapar la cera acumulada en lo alto de las velas que mojaron el papel del que, lentamente, comenzó a salir humo.

Michael ni siquiera se había dado cuenta de ello. Como un loco estaba ya junto al cuarto de su esposa gritando:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Había sacado la llave de su bolsillo, pero con el nerviosismo le resbaló de las manos.

La oscuridad del corredor le impedía verla. La moqueta, ahogando el ruido del metal, tampoco había permitido a Michael orientarse.

Desesperadamente, el escritor barrió el suelo con la mano. Fueron sólo unos segundos que a él se le antojaron eternos.

La voz de Susan era desgarradora.

—¡Socorro, Michael! ¡Socorro!

Era una voz de alguien que estaba verdaderamente en peligro.

Michael dio al fin con la llave, mientras, en el estudio, los papeles de aquella nefasta copia comenzaban a arder sobre la mesa,

amenazando con propagar el fuego por la madera, por los demás muebles…

El escritor consiguió introducir la llave en la cerradura, cuando en la estancia se oía claramente el forcejeo de una pelea.

—¡Susan! —gritó Michael, tras dar la vuelta a la llave.

Pero la puerta no cedía. El monstruo la había cerrado por dentro con el pestillo.

En su desesperación, Michael cargó contra la puerta, pero la madera era recia y el pestillo seguro.

—¡Susan, Susan! —gritaba sin cesar.

Sus gritos y la propia necesidad de traspasar aquel umbral, le impidieron oír el ronquido de la motocicleta que se aproximaba.

Alguien gritó:

—¡Deprisa! ¡Es la policía!

Luego una voz que en principio Michael no pudo identificar, exclamaba:

—¡Por allí…! ¡Deténgase!

Algo acababa de romperse al mismo tiempo en el dormitorio.

Michael, en su tercer intento, consiguió hacer saltar el pestillo. A oscuras gritó:

—¡Susan!

Susan estaba en la cama; las ropas se hallaban completamente revueltas y la ventana abierta indicaba el lugar por donde había escapado el monstruo.

—¡Susan! —gritó de nuevo Michael aproximándose a su mujer, pero ella permanecía inmóvil.

CAPÍTULO XVIII

El agente Cobb y su ayudante perseguían a alguien que huía por entre los setos, ya fuera de la zona del jardín de la villa de los Lescott.

—¡Deténganse! ¡En nombre de la ley, deténganse! —gritó Cobb, una vez más.

—¡Por allí! —gritó su ayudante.

Una sombra había alcanzado un automóvil camuflado entre la vegetación.

—Yo conozco este coche —dijo Cobb—. Vamos a seguirle… Bueno, iré yo, tú pregunta a los Lescott si les ha sucedido algo.

Y Cobb corrió hacia la motocicleta para perseguir el auto fugitivo.

Entretanto, el fuego en el estudio del escritor había consumido una buena parte de las páginas de la copia de la novela y prendía ya sobre la madera.

Michael estaba con su esposa intentando reanimarla.

—¡Susan, Susan!

Ella respiraba. ¡Estaba viva! Pero no cabía la menor duda de que habían intentado estrangularla… También en el camisón tenía marcas ensangrentadas producidas por una garra.

—¡Susan!

Ella, tras un jadeo, se recobró y gritó al verse en brazos de alguien.

—Soy yo, Sussie… Soy Michael.

—Oh Michael… Había un hombre, trató de…

—Calla, amor mío, calla. Lo sé. Ha huido. Ha huido por la ventana.

El ayudante de Cobb estaba golpeando la puerta.

—Señor Lescott… Señora Lescott… ¿Están bien? ¡Abran, abran la puerta! ¡Es la policía!

Simultáneamente, Cobb, sobre la moto, había comenzado a perseguir al coche fugitivo.

Buen conocedor del difícil sendero, consiguió ganar terreno al vehículo que llevaba delante, un vehículo que ahora ya estaba seguro de saber a quién pertenecía.

—Es de ese doctor, amigo de los Lescott. Sí, del doctor Rennie —murmuró.

Y no se había equivocado. Rennie conducía aquel auto, huía de la villa y de la policía. A su lado Bella, con ojos aterrados, gritaba:

—Detente, detente… Es inútil. Detente, Rennie.

El auto ascendía la colina antes de llegar al cruce donde enlazaría con la carretera principal.

El ayudante de Cobb se había aproximado hacia la ventana para mirar al interior de la casa y entonces observó el fuego del estudio.

—¡Válgame Dios! ¡Se va a incendiar la casa!

Volvió a llamar a pleno pulmón a Michael Lescott.

—Es la voz de uno de los agentes —murmuró el escritor, como si volviera en sí tras un largo letargo.

—Sí, Michael —musitó ella—. Antes de desmayarme… alguien… alguien ha nombrado a la policía.

Y Susan sintió un escalofrío, porque la voz que creía haber escuchado cuando un hombre trataba de asesinarla, también creía reconocerla… la voz de… ¡De su hermana!

—Detente, Rennie. ¡Vamos a estrellarnos! ¡Detente! —gritaba Bella, cuando el auto bajaba ya la pendiente a pocos metros del cruce.

Rennie miró por el retrovisor. Cobb le seguía muy de cerca.

—En la carretera nos despegaremos de él —exclamó Rennie.

—¡Cuidado con la curva, Rennie! —advirtió Bella, con un presentimiento.

Los ojos de Rennie despedían fuego; jadeaba como si algo estuviera royéndole por dentro y mientras…

Mientras tanto, Michael acababa de abrir al agente.

—¡Se está prendiendo fuego! ¿Por qué no contestaba? —dijo el guardia al entrar.

El escritor corrió hacia su estudio. Ya era imposible salvar el manuscrito.

—¡Agua, traiga agua! —Y el propio agente fue hacia la cocina.

El automóvil que conducía Rennie tomó la pronunciada curva al final del sendero.

—¡Rennie! —gritó Bella.

Las ruedas del coche patinaron y el médico trató de dominar el volante, pero era demasiado tarde. Había obligado al automóvil a dar una brusca sacudida y volcó.

Algo debió hacer contacto, porque inmediatamente surgieron unas llamas del motor.

El agente Cobb llegó en pocos segundos y, rápidamente, sacó su pequeño extintor de la motocicleta.

Era el momento en que el ayudante de Cobb llegaba con un cubo de agua para sofocar el pequeño incendio del estudio del escritor.

El chorro del extintor de Cobb fue dirigido contra las llamas, pero era tarde, el tanque hizo explosión. Una gran llamarada resplandeció en la carretera.

El agua arrojada por el ayudante de Cobb sobre la mesa del estudio acabó con las llamas.

La luz reapareció en aquel momento dando por terminada la avería.

En el mismo instante, Cobb se aproximaba al automóvil. Fuera de él, tumbada sobre el asfalto, yacía Bella, la hermana de Susan Lescott. Dentro del coche se hallaba el cuerpo de Rennie completamente carbonizado.

El ayudante de Cobb miró los papeles quemados y murmuró:

—Si era una novela suyo lo siento, señor Lescott. Sólo han quedado las cenizas.

Michael Lescott tomó aquellas cenizas embarradas por el agua y sintió una extraña e inexplicable sensación… Como si se sintiera liberado de algo, de algo que no hubiera sabido cómo narrar.

—Es… Es lo que debí haber hecho hace tiempo —comentó, sin que el agente comprendiera el alcance o significado de tales palabras.

* * *

Cuando llegó la ambulancia, Cobb comprendió que ya nada podía hacer por Bella.

La muchacha pudo, sin embargo, pronunciar algunas palabras:

—La odiaba… Odiaba a Susan. Ella siempre había sido la mejor y conseguía lo mejor… a Michael.

—¿Qué ha dicho… repítalo? —murmuró Cobb, sin acabar de comprender, pero Bella seguía hablando, como si quisiera soltar lo que la oprimía en su interior.

—Rennie también sentía odio… por Michael. Los celos le devoraban… Y Rennie era listo, inteligente; mucho más fuerte que Michael.

Cobb guardó silencio. Sabía que aquéllas sólo podían ser las últimas palabras de una vida que se escapaba.

—Rennie lo demostró… Logró dominarle. Su poder era extraordinario. Michael llegó a creer que su protagonista vivía realmente… —Y Bella soltó una extraña carcajada, casi al mismo tiempo que llegaban los camilleros.

—No es necesario. Acaba de morir —declaró el agente—. Llévenla al depósito.

EPÍLOGO

Aquélla era una historia triste y cruel… Demasiado cruel para Susan Lescott; por eso Cobb prefirió contársela primero a Michael, pero Michael sabía que ella sospechaba la verdad o parte de la verdad.

Sin embargo, había algo más que crueldad en aquellos hechos. Existía un punto en el que nadie había caído porque escapaba a las fronteras de la lógica.

Era un punto que sólo podía entender Michael…

Cobb concluyó:

—Rennie dominaba la técnica del hipnotismo. Era, al decir de los técnicos, un ser plenamente capacitado para desarrollar esa ciencia… Los motivos que más o menos hemos podido hilvanar ya los sabe; querían vengarse…

—Haciéndome pasar por loco y matando a mí mujer, los dos se vengaban a su modo.

—Con provecho para su cuñada que, a la postre, se hubiera beneficiado de todo lo perteneciente a su esposa de usted.

—Rennie debió leer mi novela; por eso sabía lo que tenía que suceder —repuso el escritor, pensativamente.

—Menos mal que recibimos la llamada a tiempo.

—¿Llamada?

—Sí… La verdad es que alguien describió a la persona que estuvo hablando con Stelton… Ya sabe, me refiero al falso jardinero que se introdujo en su casa para robar.

—El hombre al que yo maté.

—Bueno, esto… esto está por demostrarse. Ahora puedo decírselo, señor Lescott. Las balas encontradas en el cuerpo de aquel hombre no pertenecían a su pistola.

—¿Por qué no me lo dijeron?

—El asunto no estaba muy claro y el inspector encargado del

caso fingió dejar las cosas como estaban para que el posible cómplice del sujeto se delatara.

—¿Cómplice?

—Sí, señor Lescott. Al parecer, aquello olía más bien a asesinato.

—¿Sospechaban de mí…?

—Particularmente no, señor Lescott, pero teníamos que vigilarle a usted y a su casa, por eso supimos que anoche fue visitado por el doctor Rennie y su cuñada.

—Sí. —Bien… nos extrañó bastante que, después de estar unos momentos con usted, salieran, se metieran en el coche, se alejaran y regresaran con ropas distintas. Bueno… Cada cual puede hacer las extravagancias que quiera, pero no me negará que esto resultaba bastante extraño.

—No para mí… Yo estaba bajo la influencia hipnótica de Rennie. Ellos se hicieron pasar por otras personas… —Y comprendió que Rennie y Bella habían querido representar la comedia de que eran Hungar y Iliona. «Sí… —añadió, hablando consigo mismo—. Debía formar parte de su plan…».

—Bien —añadió el agente, yendo al límite de la historia—. Lo cierto es que Stelton, el hombre muerto en su casa, había sido visto hablando con cierto individuo cuya descripción no obtuvimos hasta esta noche. Recibí una llamada en la que se me ordenaba vigilar su casa. Una confidencia… Bueno, el retrato que me hicieron del cómplice era el de Rennie.

—Sí… Seguramente fue él quien le dijo que viniera a ofrecerse. Debió ser otro experimento, pero yo no disparé contra él, sino contra Bedankos…

—¿Bedankos? —murmuró Cobb, sin comprender.

—Ésa es otra cuestión, Cobb.

—No le entiendo.

El escritor reconstruyó lo que pensaba:

—Acepto que Rennie me hipnotizara. Podía obedecerle a distancia. Obedecerle ciegamente… Acepto también que quisiera librarse de ese falso jardinero o que quisiera experimentar si yo podía matar bajo mi estado hipnótico, cumpliendo sus órdenes; pero algo debió salirle mal. Quizá su influencia no era tanta… Si mi pistola no fue el arma homicida, Rennie falló en esto. Lo mató en otro momento, tal vez poco después, cuando al límite de mis

fuerzas, me desvanecí. Luego dejó el cadáver allí para hacerme creer que había sido yo…

Tras una pausa añadió, siempre como si recitara en voz alta lo que estaba pensando:

—Pero lo que no puedo aceptar es… *lo otro*. ¿Quién era Bedankos?

—¿Eh?

—A Bedankos le vi. Era mi personaje sabe… Un personaje de la ficción.

—Bueno. No hay duda de que Rennie adoptaba un disfraz para hacerle creer que era otro… Esa persona que usted dice.

—Sí, agente Cobb. También acepto esto, pero entonces dígame… ¿Por qué murió quemado?

—¿Eh? ¡Oh, bueno! El motor de su coche se incendió. Estalló. Ocurre a veces, un chispazo, un contacto del sistema eléctrico y…

El escritor concluyó:

—Y murió justo cuando se terminó de quemar la última copia que me quedaba de mi novela.

—¿Qué dice?

—No sé por qué miré mi reloj… Acababan de dar la luz… Usted, en algún momento, habló de la hora del accidente… Las once de la noche.

—Cierto.

—En punto, Cobb. También mi novela se quemó a las once.

Cobb no comprendía nada.

—Esto es algo muy difícil de explicar, y más difícil aún de comprender…

* * *

El escritor se alejó del pueblo para conducir el automóvil hasta su casa. Sussie le esperaba, y él deseaba estar con ella.

Pensativo, al volante, repetía en voz baja:

—Nadie podría comprenderlo, nadie. Sin embargo, Bedankos ha existido… Si hubiese quemado antes las copias… pero las tiré a la papelera; sólo la última… se quemó. La pérdida de sangre, o acaso el fuego, era lo único que podía destruir a mí personaje.

Creyó escuchar una voz… o acaso era sólo un recuerdo sin sonido, algo que sólo podía oír en la mente, pero voz al fin, que le decía:

«Ponte esas uñas postizas… son como garras; clávalas en la espalda de tu mujer cuando la beses…».

Y la voz seguía:

«Soy Bedankos… Esta noche te haré una visita. Tú me recibirás lleno de espanto, porque soy el personaje que tú has creado…».

Era mejor no seguir pensando en aquello. Olvidarlo para siempre, porque los personajes de ficción jamás pueden cobrar vida propia.

Llegó a casa y encontró a Susan en el jardín, que le esperaba con visibles muestras de nerviosismo.

Se abrazaron.

—Sussie… Estás temblando.

—Creí que no llegarías nunca. Estoy nerviosa. Han llamado por teléfono un par de veces.

—¿Quién ha llamado?

—No lo sé. No ha querido decirlo… Cuando descolgué oí un extraño jadeo, algo espantoso… No me preguntes por qué… Pero sentí un escalofrío, un terrible escalofrío.

—Cálmate, querida, cálmate. Entremos a casa.

—Tengo miedo, tengo miedo.

Entraron. Él la rodeaba por los hombros. Apenas cruzaron el umbral, el teléfono volvió a sonar.

—¡Otra vez! —exclamó ella, con un sobresalto.

Michael quedó contemplándolo unos instantes, dejándole que sonara.

—¿No vas a cogerlo?

—Sí, querida, voy a cogerlo; pero creo que no es necesario. Ya sé quién es. —Y, serenamente, Michael descolgó el auricular.

—¡Diga! —dijo, simplemente.

Permaneció unos segundos escuchando y colgó, sin decir una palabra.

Su esposa rompió el silencio.

—¡Por favor, Michael! ¿Quién era?

—Nadie, querida —repuso él, enigmáticamente.

—Michael… Si sucede algo… dímelo, quiero saberlo.

—No vuelvas a pensar en nada malo, querida, y olvídate del teléfono.

—¡Michael! ¿Era… Bedankos…? ¿Era Bedankos, verdad, el que te ha llamado? —Y la voz de la mujer se quebró por el espanto que sus propias palabras le producían.

Él la tomó suavemente y le habló reposado, haciendo que sus palabras sonaran con el máximo cariño:

—Escucha, Sussie… ¿Qué te parece si tú y yo juntos hiciéramos ese largo viaje que hemos proyectado muchas veces?

—Sí, pero… —Ella miró el teléfono obsesionada y, de pronto, el aparato sonó de nuevo.

—¡Michael! —exclamó.

—Calma, amor mío, no ocurre nada… Prepara tus maletas. Y deja que el teléfono siga sonando… Estemos donde estemos, no descuelgues. Nadie va a molestarnos. Será nuestro viaje de segunda luna de miel.

El timbre continuaba sonando. Ella, con ojos aterrados, seguía observando el aparato.

—Hazme caso, Sussie. Hazme caso. No existe el teléfono.

Cuando Sussie se encerró en el baño, Michael la oyó sollozar a través de la puerta.

—¡Dios mío! ¡Es Bedankos! Existe… Existe.

El teléfono continuaba repiqueteando todavía; Michael, a través de la puerta, murmuró:

—Querida… Bedankos es sólo un personaje irreal. No existe. No pienses en él. Hazlo por mí.

Ella no contestó, no dijo nada, pero seguía oyendo aquel timbre obsesivo, persistente.

Michael se aproximó al teléfono y sonrió extrañamente. Después, el escritor caminó hacia su estudio. Tomó una cuartilla y la colocó en la máquina de escribir.

El timbre seguía insistiendo.

Michael pensó sólo unos instantes y escribió:

> … Tras el intento de asesinar a Susan, Bedankos huyó de la policía y halló la muerte en un accidente, pereciendo carbonizado.
>
> Su espíritu, sin embargo, creado para el mal, quiso continuar su labor desde las tinieblas; pero no podía materializarse y ése era el peor de los tormentos.

Sólo su creador hubiera podido darle nueva vida, pero la experiencia le aconsejó destruirle para siempre, olvidarlo, abandonarle a su suerte, para que tal vez otros espíritus acabaran con él.

Este es el fin de Bedankos.

Era el final de una novela inexistente. Un relato del que sólo persistirían aquellas últimas líneas, bajo las cuales Michael estampó su firma para luego guardarse en la cartera la cuartilla cuidadosamente doblada.

El teléfono dejó de sonar en aquel instante. Michael lanzó un suspiro y sonrió de nuevo. Luego, caminando hacia el dormitorio, alzó la voz para preguntar a Sussie.

—¿Estás lista, querida?

F I N

MARÍA VICTORIA RODOREDA nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso
(1931-1994)
que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta.

Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, *Toray* primero y más tarde *Bruguera* y *Producciones Editoriales*, heredera esta última de la también barcelonesa *Ferma*.

Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela *Cuando todo termine*, número 8 de la colección Infinitum.

Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste… sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre,
M. V. Rodoreda
, numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste… Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales *Toray* y *Bruguera*.

A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.